

LA REBELIÓN DE LAS MASAS COMO
PENSAMIENTO CRÍTICO EN JOSÉ ORTEGA Y
GASSET



TRABAJO FIN DE MÁSTER. FILOSOFÍA Y CULTURA MODERNA.

Tutor: José Manuel Panea Márquez.
Departamento: Metafísica y Corrientes Actuales de la Filosofía, Ética y Filosofía Política
Francisco Javier Vázquez Romero.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| 1. INTRODUCCIÓN..... | 4 |
| 2. BIOGRAFÍA..... | 9 |
| 3. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA DE LAS MASAS Y MINORÍAS EN LA FILOSOFÍA DE ORTEGA Y GASSET..... | 12 |
| 3.1 Masas y minorías selectas en la circunstancia personal de Ortega..... | 12 |
| 3.2 Masa y minoría selecta como categorías analíticas para el estudio de la obra de Ortega..... | 13 |
| 3.2.1 Los conceptos de masa y minoría selecta en el contexto de La rebelión de las ... masas | 16 |
| 4. LOS CONCEPTOS MASA Y MINORÍA SELECTA EN EL PERIODO RACIONALISTA-CULTURALISTA DE ORTEGA..... | 22 |
| 4.1 La huella de F. Nietzsche en el aristocratismo del joven Ortega..... | 22 |
| 4.2 Masa y minoría selecta desde una vertiente racionalista y culturalista..... | 25 |
| 5. ANÁLISIS DESDE DISTINTAS PERSPECTIVAS DE LA REBELIÓN DE LAS MASAS..... | 31 |
| 5.1 Interferencias políticas en el análisis del fenómeno de la rebelión de las masas..... | 31 |
| 5.2 Perspectivas del análisis del fenómeno de la masificación: de la aparición de las multitudes (perspectiva cuantitativa) a la disección del hombre masa (perspectiva cualitativa)..... | 36 |
| 5.3El advenimiento histórico de las multitudes o masas..... | 48 |
| 5.4 Disección de los conceptos de masa y minoría selecta en sus diferentes dimensiones. .51 | |
| 5.4.1 Disección de los conceptos de “masa” y “minoría selecta” desde una perspectiva histórica..... | 52 |
| 5.4.2 Disección de los conceptos de “masa” y “minoría selecta” desde una perspectiva psicológica..... | 57 |
| 6. SÍNTESIS DEL ANÁLISIS DE LA ANATOMÍA DEL HOMBRE MASA EN COMPARACIÓN CON EL HOMBRE SELECTO EXPUESTA EN LA REBELIÓN DE LAS MASAS..... | 65 |
| 7. CONCLUSIONES FINALES..... | 68 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 75 |

Resumen: Partiendo del estudio de la obra de Ortega y Gasset *La rebelión de las masas*, la intención principal del presente trabajo es la de aproximarnos al pensamiento de nuestro autor, desde distintos enfoques, principalmente a través de los términos *masa* y *minoría selecta* y viendo cuál es papel que juegan en su hilo filosófico. Se aspira a un conocimiento genérico de su filosofía elitista, haciendo un análisis de su propio pensar, su configuración y la lógica del mismo. Todo esto teniendo en cuenta el contexto que rodea al autor español y sus circunstancias personales, históricas y sociales. El objetivo último consiste en afirmar una línea de continuidad en su filosofía.

Palabras clave: Rebelión. Masa. Minoría selecta.

Abstract: Part of the study of the work of Ortega y Gasset *The rebellion of the masses*, the main intention of the present work is the approach to the thought of our author, to all others, mainly through the terms mass and minority role that plays in his philosophical thread. It aspires to a generic knowledge of its elitist philosophy, making an analysis of its own thought, its configuration and the logic of it. All this takes into account the context surrounding the Spanish author and his personal, historical and social circumstances. The ultimate goal is to affirm a line of continuity in his philosophy.

Keywords: Rebellion. Mass. Selected minority.

1. INTRODUCCIÓN.

La aproximación al pensamiento de José Ortega y Gasset nace, en nuestro caso, de la preocupación por el comportamiento irracional, emotivo e instintivo de las masas y la función rectora de las minorías selectas (intelectuales o ilustradas, culturales, etc.) en el conjunto de la cultura y sociedad occidental. Desde la antigüedad clásica, hasta nuestros días, el fenómeno de las masas y la responsabilidad de las minorías en el devenir de las sociedades ha llamado la atención de influyentes pensadores (Protágoras y en general los sofistas, Platón, Aristóteles, Tácito, Polibio, Eurípides, Nietzsche, Stuart Mill, Scheler, Tocqueville, Ortega, etc., se han preguntado por esta cuestión).

El binomio *minoría-masa* ha sido y es analizado desde múltiples puntos de vista. Se ha convertido en objeto de estudio de diferentes disciplinas, pero no se ha estudiado de forma holística o global. Es interesante observar cómo se ha estudiado este fenómeno desde la vertiente filosófica, política, psicológica, histórica, antropológica, ética, social o sociológica, etc. Pero es cierto que el diálogo o puesta en común de los resultados a que nos han conducido todas estas áreas de conocimiento no es lo suficientemente enriquecedor. Esta insuficiencia ha sido advertida por Ortega. Éste denunciaba el particularismo científico –o la barbarie del *especialismo* o del especialista, que no de la ciencia– en que están sumidas las diversas áreas del saber. Las diferentes disciplinas que conforman el mundo del conocimiento humano deberían, aunque queden circunscritas a su propio campo de acción, donde son legítimamente soberanas, dialogar entre sí y complementarse para lograr un conocimiento más verdadero, o más cercano a la realidad de los hechos (Mannheim, 1944, 93).

De acuerdo con esta orientación general, uno de los objetivos de este trabajo de investigación es contribuir, en este sentido, a la reintegración de la ciencia en su unidad orgánica a propósito del binomio *masa-minoría selecta* en la obra filosófica de José Ortega y Gasset, procurando compensar por todos los medios posibles su dispersión especialista “que es, por otra parte, ineludible” (Ortega, O.C IX, 443).

La principal intención del presente estudio no es otra que abordar las diferentes dimensiones o enfoques que los términos “masa” y “minoría selecta o superior” presentes en el pensamiento filosófico del intelectual español José Ortega y Gasset, para quien “(...) pensamiento propiamente tal no hay más que uno: el filosófico. Todas las demás formas de la intelección son secundarias, derivadas de aquélla, o consisten en limitaciones más o menos arbitrarias de la aventura filosófica” (Ortega, O.C V, 96). Se trata de descubrir el sentido o *lógos* de los escritos de Ortega, a propósito del binomio masa-minoría selecta, pero en relación con el conjunto de su filosofía.

La rebelión de las masas (texto principal de estudio en el presente trabajo) ha sido la obra de Ortega más reeditada y vendida, no sólo en castellano sino en otras lenguas. Aunque el propio autor, en el *Prólogo para franceses* que hizo para la edición gala en 1937, afirme que los folletones aludidos comenzaron a aparecer en *El Sol* en 1926, nos quedaremos con la afirmación exacta de Thomas Mermall de que esos folletones se publicaron entre el 24 de octubre de 1929 y el 10 de agosto de 1930; y a pesar de que la obra estaba lista para publicarse en 1929, el autor demoró su aparición hasta el 31 de agosto de 1930 para que salieran antes sus últimas entregas en el periódico.

Es el momento de madurez intelectual de su autor, en el apogeo de su influencia pública en España y cuando aparecen en el horizonte europeo negros presagios con el auge de los totalitarismos, que conducirán al desastre de la gran guerra.

“Comenzó a publicarse en un diario madrileño en 1927 y el asunto de que trata es demasiado humano para que no le afecte demasiado el tiempo. Hay, sobre todo, épocas en que la realidad humana, siempre móvil, se acelera, se embala a velocidades vertiginosas. Nuestra época es de esta clase porque es de descensos y caídas. De aquí que los hechos hayan dejado atrás el libro. Mucho de lo que en él se anuncia fue pronto un presente y es ya un pasado” (Ortega, O.C IV, 349)

José Ortega y Gasset escribió *La Rebelión de las masas* en un contexto mundial muy diferente al actual pero que, en sustancia, pareciera ser que hablara hoy. Durante el período de entre guerras comenzó a analizar la aglomeración social y con ello la muchedumbre. Este fenómeno sucede cuando desde 1800 a 1914 la población europea asciende de 180 millones a 460 millones. Estas “aglomeraciones de seres humanos” es lo que llama la atención del autor y denuncia que los principios en que se apoya el mundo civilizado – el que hay que sostener – no existen para el hombre medio actual. No le interesan los valores fundamentales de la cultura, no se hace solidario de ellos, no está dispuesto a ponerse en su servicio. Por otro lado, en 1939, comienzan a aparecer los movimientos totalitarios y los sindicatos en Europa, ambos aglutinadores de masas. Bajo estas tendencias, el autor indica que el hombre no quiere dar razones ni tener razón, sino que, sencillamente, se muestra resuelto a imponer sus opiniones.

Es en este contexto de aglomeración de seres humanos donde surgirá el concepto de *masa*: “todo aquel que no se valora a sí mismo – en bien o en mal – por razones especiales, sino que se siente como todo el mundo y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás” (Ortega, O.C IV). Así, las masas pasan a ser aquellas que no deben ni pueden dirigir su propia existencia, son boyas que van a la deriva y, por ende, son susceptibles a ser guiadas. Del otro lado, el autor define a las minorías como especialmente cualificados, no son susceptibles de ser guiadas debido a que tienen juicio propio y entonces se deduce que quedan fuera del concepto de *hombre-masa*. El *hombre-masa* es también un “niño mimado” o caprichoso que quiere hacer lo que a él le plazca, modificando así los valores fundamentales según le convengan. La distinción entre minorías y masas no tiende a una revolución de las primeras frente a la segunda, sino que lo que se busca es que ambas puedan convivir en sociedad. Ortega destaca en muchos puntos de su obra la necesidad de ayuda mutua en que se encuentran las distintas especialidades científicas. El saber de uno se debiera articular en el hueco que es la ignorancia del otro.

Sin embargo, la vida en sociedad se hace difícil para las minorías cuando el *hombre-masa* es el que decide acumulando todo el poder en el orden público; en el sistema democrático las minorías son siempre las más perjudicadas. Por esta razón, el autor expresa que la estatificación es el mayor problema de esta sociedad porque: “el

hombre-masa ve en el Estado un poder anónimo, y como él se siente a sí mismo anónimo -vulgo-, cree que el Estado es cosa suya” (Ortega, O.C IV), “este es el mayor peligro que hoy amenaza a la civilización: la estatificación de la vida, el intervencionismo del Estado, la absorción de toda espontaneidad social por el Estado; es decir, la anulación de la espontaneidad histórica, que en definitiva sostiene, nutre y empuja los destinos humanos” (Ortega, O.C IV). Al problema de la estatificación y de la liberación de las masas, surge una clara solución: el liberalismo clásico. El autor lo especifica como principio de derecho político, según el cual el poder público, si bien es omnipotente, se limita a sí mismo y procura dejar un hueco en el Estado que impera para que puedan vivir los que ni piensan ni sienten como él. Las masas tampoco cuestionan las formas de gobierno, sino que aceptan íntegramente lo que él dice. Si hay que cambiar las reglas de juego y los valores para lograr la “voluntad popular”, se cambian.

Hay que recordar que, para Ortega, el prototipo de *hombre-masa* no se encontraba en la clase trabajadora sino en los integrantes de las profesiones liberales, que proyectaban, no sin insolencia, la competencia de su especialidad sobre los demás ámbitos, en los que eran ignorantes. La rebelión de las masas y la barbarie del especialismo son inseparables. Nos queda cuestionarnos; ¿será necesario, aún hoy, reivindicar su genuina pertenencia a la tradición liberal clásica? Una de las advertencias políticas fundamentales de esta obra -no política- es precisamente su requisitoria contra la creciente politización y la defensa de la civilización europea, basada en los principios de la ciencia pura y de la democracia liberal, frente a la amenaza totalitaria. El europeísmo, que parte de la idea de una nación europea formada, a su vez, por naciones y su propuesta de unos Estados Unidos de Europa son rasgos esenciales de su obra. Otra advertencia se refiere a los riesgos del creciente intervencionismo estatal, que amenaza la libertad con la posibilidad de convertir el continente en una gigantesca termitera (Ortega, O.C IV).

La rebelión de las masas es una profunda contribución al triunfo de la libertad, de la civilización y de la prosperidad. Es un libro de pensamiento social y de crítica cultural; un diagnóstico de la actual vida pública de Occidente, un ejercicio de

antropología filosófica o caracteriología, en la que podríamos ver una serie de profecías cumplidas con pasmosa exactitud; es la exploración fenomenológica de una dimensión nueva de la sociedad moderna, así como la configuración de un nuevo tipo de persona (Mermall, 1999, 52). Ortega puso de manifiesto las consecuencias que tendría el triunfo de la nivelación social y la abolición de la excelencia a manos de la mediocridad. Los nuevos bárbaros no nos amenazan al otro lado de nuestras fronteras, sino que se encuentran entre nosotros, tal vez gobernándonos desde hace décadas. El nuevo bárbaro es el *hombre-masa*, cuya esencial tipología vital traza Ortega, que se declara en rebeldía contra toda instancia o norma superior y cuya hegemonía solo puede conducir a la degradación de la cultura y a la barbarie. La igualdad y los valores democráticos son irrenunciables, pero no atemperados ni recluidos en el ámbito estricto de la política, pueden conducir al despotismo. Ortega percibió la raíz de la crisis europea y el remedio solo podía estar en el retorno de los mejores y en la docilidad de las masas a todo ejemplo superior. Pero la hiperdemocracia, el politicismo y el relativismo cultural trabajaban en contra.

Ortega estudia el tipo caracteriológico del europeo medio de su día, juzgado desde la perspectiva de sus nuevas categorías de la vida humana. Da un salto eidético a la doctrina apodíctica de la sociedad como interacción dinámica de minorías y masas. Ortega la juzga desde sus categorías de la vida: la vida como quehacer, como decisión, como libertad y fatalidad circunstanciales. Pero tampoco podemos pasar por alto, una vez más, que Ortega era reacio a hablar a la humanidad, a todo el mundo y a nadie, pues “es la forma más sublime, y, por lo tanto, más despreciable de la demagogia” (Ortega, O.C IV, 351).

2. BIOGRAFÍA.

José Ortega y Gasset fue uno de los filósofos españoles más destacados. Intelectual, ensayista, periodista, orador... Su discurso liberal y regenerador contenía las esencias del perspectivismo y la razón vital. Perteneció al movimiento del novecentismo y la Generación del 14, donde también estaban figuras como Pablo Picasso o Juan Ramón Jiménez.

Sus obras más representativas, como *España invertebrada* (1921), *La deshumanización del arte* (1925) y sobre todo *La rebelión de las masas* (1930), describían una página muy relevante de nuestra historia. De esa situación social e intelectual que vivía la Europa de mediados del siglo XX. Ortega reflejó como nadie la irrupción de esas masas liberadas que dejaban por fin a un lado a la élite, para expresarse a través del arte, de los valores cívicos y de una filosofía liberal.

No olvidemos que éste célebre filósofo desarrolló su trabajo en un contexto altamente complejo. La ascensión del comunismo se enfrentaba con los fascismos. El sindicalismo con los nacionalismos, y a su vez, con la clase popular. Aquella que empezaba a hacerse hueco a través de los movimientos culturales y también del consumismo.

“Yo soy yo y mis circunstancias y si no la salvo con ella no me salvo yo”. Esta frase tan representativa de José Ortega y Gasset, daba a entender la influencia de este escenario, ahí donde asumir que, aunque el ser humano no pueda controlar las circunstancias que acompañan su vida, siempre hay cierta holgura, un espacio propio donde ser responsables de nosotros mismos y generar cambios.

José Ortega y Gasset nació en el seno de una familia acomodada en el Madrid de 1883. Su madre era Dolores Gasset, hija de Eduardo Gasset, fundador del periódico el Imparcial, y donde más tarde trabaaría su propio padre, José Ortega Munilla, como director. Era un hogar muy unido a la filosofía, al intelectualismo, el periodismo y también la política. Todo ello hizo sin duda que no dudara demasiado en saber cuál iba

a ser su camino personal. Estudió filosofía y letras en Bilbao y más tarde finalizaría sus estudios en Berlín. Tras la obtención del título, empezó a trabajar como profesor de psicología y ética, hasta que 1910 aprobaría una oposición para ser catedrático de Metafísica en la Universidad de Madrid.

Fue a partir de 1920 cuando su vida como académico cambió de rumbo. Fundó la *Revista de Occidente*. Se trataba de una publicación reivindicativa y liberal, ahí donde traer a España corrientes intelectuales más renovadas, abiertas a la vez que selectas. Más tarde llegarían las traducciones de las nuevas tendencias filosóficas como Edmund Husserl o Bertrand Russell.

El objetivo de José Ortega y Gasset era tan concreto como elevado. Deseaba abrir a su país ese aire renovador que ya se respiraba en Europa. Quería que el pueblo despertara, que se revelara ante el conservadurismo.

Fue elegido diputado durante la II República. Fundó junto con Marañón y Pérez de Ayala, la «Agrupación al Servicio de la República». Mantuvo ese puesto con gran esperanza hasta que poco a poco, empezó a sentir ciertas discrepancias con el rumbo equivocado, que, a su parecer, estaba llevando la República. No obstante, todo cambió en 1936 con la Guerra Civil.

No tuvo más remedio que vivir en el exilio. Fueron cerca de 10 años buscando refugio en Francia, Holanda, Argentina y Portugal. Su retorno en 1945, le permitió reencontrarse con muchos intelectuales de ideas afines con los que seguir trabajando. Así, en 1948, fundó junto a Julián Marías, el Instituto de Humanidades.

A partir de ese momento su figura volvió a destacar entre el panorama cultural español. Fue profesor de varias promociones de estudiantes de filosofía, plasmó sus ideas liberales en varios periódicos, libros y ensayos. Fundó el diario de *El Sol* (1917), la revista *España* (1915) y la *Revista de Occidente* (1923).

Asimismo, José Ortega y Gasset fue esa figura de innegable relevancia que inspiró más tarde a la generación del 27. Su estela como intelectual regeneracionista, su

ideario personal y principios filosóficos, cruzaron fronteras, llegando no solo a Europa, sino también a América Latina.

Falleció en 1955 en su casa de Madrid a los 72 años.

3. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA DE LAS MASAS Y MINORÍAS EN LA FILOSOFÍA DE ORTEGA Y GASSET.

3.1 Masas y minorías selectas en la circunstancia personal de Ortega.

En 1932 Ortega se define como aristócrata en la plazuela intelectual que es el periódico (Ortega, O.C IV, 227). Se afana, en este sentido, por llegar al mayor número de españoles y de forma especial al *hombre medio*, centro de buena parte de sus preocupaciones. Y la razón de ello es clara: para Ortega el hombre medio es el elemento decisivo en la historia de un pueblo, en cuanto es él quien marca el tono general del cuerpo nacional, ya que las figuras egregias sólo tendrán virtualidad histórica si el hombre medio es capaz de emular su ejemplo.

¿Qué percepción tiene Ortega de la realidad o circunstancia social nacional? Ortega afirma que, en nuestro país, ni la cátedra ni el libro tienen eficiencia social, porque nuestro pueblo no admite lo distanciado y solemne. Reina en él lo puramente cotidiano y vulgar, en ningún caso lo creativo, pues toda creación es aristocrática. Las formas, por ejemplo, del aristocratismo *aparte* han sido siempre estériles en esta península. En el año 1932, Ortega reconoce la superlativa insuficiencia de nuestra vida intelectual y subraya que, desde hace unos diez años, España ha recaído en una perfecta inercia mental, de modo que “aparecen dondequiera triunfando la indolencia o la estupidez” (Ortega, O.C V, 98). Este mismo año, Ortega se retira de la vida pública o política de nuestro país con cierta desesperanza y desaliento. A partir de entonces se dedicó a otros menesteres más acordes con su vocación de filósofo o intelectual.

“como yo no sentía jamás gusto por la política, me era ello síntoma sobrado de que no tenía dotes. Pero España, esta España a cuya aventura he ligado desde niño mi existencia personal, me imponía cierta atención a la vida pública” (Ortega, O.C IV, 611)

Todas estas insuficiencias le obligaron a poner su vida y todo su pensamiento al servicio de España. Se trata de la circunstancia sobre la que más ha pensado. Prueba de ello la encontramos en el conjunto de sus *Obras Completas*. Toda una labor intelectual que responde a su circunstancia vital más personal e inmediata. El filósofo aceptó sin condiciones su tarea “Yo no podía elegir mi tarea. No he hecho más que aceptarla y comenzar a cumplirla” (Ortega, O.C IV, 305), su destino más inexorable, la circunstancia de su nación y de su tiempo. Un tiempo que es fuerte como posibilidad y a la vez tan problemático como actualidad. Se afanó por elevar a España al nivel de los tiempos modernizándola, por poner el espíritu de España al nivel de la historia. Ahora bien, aceptar nuestro tiempo como un destino no significa aceptar sin más el presente, sino todo lo contrario: criticar incesantemente nuestro tiempo para arrancarlo de su falsificación incesante y llevarlo a su verdad esencial.

La esperanza de Ortega se reducía a que en España imperara el afán de selección o de mejoramiento reflexivo. Todos los españoles, masas y minorías, están llamados a participar en un programa común de futuro —elaborado por las minorías—, en un programa nacionalizador y no nacionalista-particularista o demagógico. Una minoría selecta que es, en buena medida, de condición socio-profesional e intelectual. Una élite compuesta por los mejores, que ha de servir de indicadora, alentadora o correctora

3.2 Masa y minoría selecta como categorías analíticas para el estudio de la obra de Ortega.

Masa y minoría selecta son, según nuestro análisis, dos de las principales categorías analíticas y de estudio de la obra de Ortega. Se trata de dos categorías filosófico-antropológicas de condición ética, extensibles a al mundo histórico-social y personal.

Masa y minoría selecta son, desde el enfoque de este trabajo, dos de las principales categorías analíticas y de estudio de la obra de Ortega. Se trata de dos categorías filosófico-antropológicas de condición ético-axiológica extensibles a los

universos histórico-social y personal. Una muestra de ello aparece en *España Invertebrada* (1922):

“La cuestión de las relaciones entre aristocracia y masa suele plantearse desde hace dos siglos desde una perspectiva ética o jurídica. No se habla más que si la constitución política, desde un punto de vista moral o de justicia, debe ser o no debe ser aristocrática. En vez de analizar previamente lo que es, las condiciones ineludibles de cada realidad, se procede a dictaminar sobre cómo deben ser las cosas. Este ha sido el vicio característico de los progresistas, de los radicales y, más o menos, de todo el espíritu llamado liberal y democrático. Se trata de una actitud mental sobremanera cómoda. Es muy fácil, en efecto, dibujar una organización esquemática que presente una faz atractiva. Basta para ello que supongamos imaginariamente realizados nuestros deseos o que, abandonando el intelecto a su puro movimiento dialéctico, construyamos *more geométrico*, un cuerpo social exento de cuanto nos parece vicio y dotado de perfecciones formales análogas a las que tiene un polígono o un dodecaedro. Pero esta suplantación de lo real por lo abstractamente deseable es un síntoma de puerilidad. No basta con que algo sea deseable para que sea realizable y, lo que es aún más importante, no basta que una cosa se nos antoje deseable para que lo sea de verdad” (Ortega, O.C, 486).

Las cuestiones de *ética* o de derecho son secundarias. Su misión es convertirse en instrumentos al servicio de las necesidades reales. También se trata de una de las múltiples y variadas críticas que Ortega lanza contra el idealismo subjetivista o contra el dogmático utopismo racionalista de la modernidad. Éstos pretenden construir la realidad o explicarla sobre la base del *debe-ser* o del universal ideal-abstracto.

El tema de nuestro tiempo consiste para Ortega, a partir de 1912/13, en la superación de la modernidad y con ella del idealismo en sus diferentes haces. La superación del idealismo es la gran tarea intelectual, la alta misión histórica de nuestra época, “el tema de nuestro tiempo” (Ortega, O.C VII, 392). Todo tiempo tiene su tarea, su misión o su deber de innovación. En el ámbito social o sociológico consiste en corregir una idea sumamente equívoca, a saber, pretender que la sociedad sea según a

nosotros se nos antoja que debe ser. Una sociedad, antes que justa, tiene que ser sociedad. Una sociedad en buena salud se transmuta en un aparato de perfeccionamiento o de mejoramiento humanos, es decir, pedagógico. La misión de la minoría consiste en dar ejemplo y transmitirlo. La misión de la masa no es simplemente obedecer, sino también entender y asumir la superioridad de determinados individuos. La docilidad ante lo superior tiene que ser entendida como comportamiento razonable, como reconocimiento o aceptación voluntarios de lo que la razón nos muestra como lo mejor.

Thomas Mermall, excelente estudioso del pensamiento de Ortega, nos habla de que la misión de las masas no es otra que la *voluntaria emulación de personas ejemplares*, de personas que destacan por poseer una perspectiva sobre el mundo de la realidad y sobre la verdad de las cosas de toda suerte especial (Mermall, 139). Más que de imitar voluntariamente, de lo que se trata, sobre todo, es, desde mi punto de vista, de educar a las masas con el fin de que estimen al que *manda*, que lo sigan, que se solidaricen con él. En esto consiste la *obediencia* para Ortega.

Masa y minoría selecta son dos formas o tipos de vida. La minoría rectora – afirma Julián Marías– no está constituida por individuos –se entiende, en su integridad–, sino por acciones vitales de ciertos individuos, por funcionamientos concretos de estos en la dimensión en que son realmente cualificados. La pertenencia “a la minoría rectora no es una condición permanente de ciertos hombres, sino una función que cada uno ejerce en tanto en cuanto está cualificado para ello; y tan pronto como esa función acaba, el individuo ha de reintegrarse a las filas de la masa y, por tanto, ha de ser dócil” (Marías, 1972, 65).

Es indudable la relevancia de que gozan los conceptos *masa y minoría selecta* en el pensamiento filosófico de Ortega en sus diferentes vertientes. La dialéctica minoría/masa u hombre élite y hombre multitudinario o *masa* es una idea central y vertebradora en la filosofía de Ortega. Una idea que encontrará su expresión más desarrollada en la obra *La rebelión de las masas* (1930). Pero se trata de una constante en su pensamiento. Como también son una constante las críticas de Ortega tanto a la ausencia de ejemplaridad o de modelos de vida de las minorías como al exceso de indocilidad o rebeldía de las masas.

Todas las empresas políticas orteguianas tienden a que las masas vivan a la *altura de los tiempos* o con conciencia histórica. Despertar en ellas el respeto por aquellos individuos con alguna cualidad egregia o excelente. Pero no basta que la cualidad sea egregia, es preciso además que el individuo la tenga. Es importante, en opinión de Ortega, sentir curiosidad hacia los hombres mejores, pues sin esta curiosidad, pasarán ante nosotros “las criaturas más egregias –normas de magnanimidad– y no nos percataremos” (Ortega, O.C IV,468). La mayoría no puede correctamente hacer otra cosa que aceptar esa superioridad cuando esta es evidente.

3.2.1 Los conceptos de *masa* y *minoría selecta* en el contexto de *La rebelión de las Masas*.

Ortega nos alerta de la rebelión de una *nueva clase* o modo absurdo de ser hombre. Un nuevo tipo de hombre se ha apoderado de la dirección social del destino europeo, a quien no interesan los principios de la civilización. *La Rebelión de las masas* es una obra profética. Es aquí donde se puede medir o apreciar su enorme acierto o actualidad (Mermall, 1999, 65).

La masa se rebela contra su propio destino histórico: seguir a los mejores. Esta actitud desafiante contribuye a la propia degradación de las masas. La única cosa que sustancialmente y con verdad puede llamarse rebelión es, afirma Ortega, la que consiste en no aceptar cada cual su destino, en rebelarse contra sí mismo a través del desprecio activista de aquellos individuos de suyo ejemplares:

“Cuando la masa actúa por sí misma, lo hace sólo de una manera: lincha. No es completamente casual –afirma Ortega en 1930– que la *ley de Lynch* sea americana, ya que América es en cierto modo el paraíso de las masas. Ni mucho menos podrá extrañar que ahora, cuando las masas triunfan, triunfe la violencia y se haga de ella la única *ratio*, la única doctrina. Va para mucho tiempo que hacía yo notar este progreso de la violencia como norma. Hoy ha llegado a su máximo desarrollo, y esto es un buen

síntoma, porque significa que automáticamente va a iniciarse su descenso” (Ortega, O.C. IV, 447).

Aunque la criminalidad o la violencia es inherente a las masas y su furia, en ocasiones, destructora, Ortega consideraba en su momento que la violencia tendería a decrecer. No podía ni imaginar la llegada al poder de Hitler (1933) ni la posterior *Guerra Civil Española* (1936-1939). Pero aun así algo pudo predecir, pues comenta que, aun cuando no sea imposible que haya comenzado a menguar el prestigio de la violencia como norma cínicamente establecida, continuaremos bajo su régimen, bien que en otra forma. Se refiere al peligro mayor que hoy amenaza la civilización. Como todos los peligros que amenazan a esta civilización, también éste ha nacido de ella: “es el Estado contemporáneo”, que en su forma extrema estatifica o anula la vida o el derecho a la privacidad o intimidad de los individuos (Ortega, O.C IV, 447).

El proceso de rebelión sentimental de este nuevo tipo humano es a tenor del nuevo contorno o circunstancia vital. Ésta incita al hombre medio a sentirse perfecto en su vulgaridad o rebosante de plenitud vital en su más absoluta mediocridad:

“de puro mostrarse abiertos mundo y vida al hombre mediocre, se le ha cerrado a éste el alma. Pues bien: yo sostengo que en esa obliteración de las almas medias consiste la rebeldía de las masas en que, a su vez, consiste el gigantesco problema planteado hoy a la humanidad (...). Al hombre medio de nuestros días, al nuevo Adán, no se le ocurre dudar de su propia plenitud. Su confianza en sí es, como de Adán, paradisíaca. El hermetismo de su alma le impide lo que sería condición previa para descubrir su insuficiencia: compararse con otros seres (...), trasladarse al prójimo. Pero el alma mediocre es incapaz de transmigraciones –deporte supremo” (Ortega, O.C IV, 416).

Cuando uno lee *La rebelión de las masas* tiene la impresión de que Ortega estuviera describiendo la actual situación del mundo, a saber, de rebelión por parte de unos y de falta del sentido de la responsabilidad por parte de otros. Una situación de *crisis* en que está sumido el hombre europeo contemporáneo. Sin embargo, el

protagonista de la obra, el *hombre masa* rebelde, tanto en sentido cuantitativo como cualitativo, se autocomplace, en muchos casos, en su mediocridad y no percibe ninguna situación de crisis. El cambio de *status* de las masas en la inevitable dialéctica masa-minoría constituye el carácter definitorio de la época (Hernández, 2003, 51). Vive en un tiempo que se siente fabulosamente capaz de realizar, pero no sabe qué realizar. Domina todas las cosas, pero al mismo tiempo se siente perdido en su propia abundancia. No es dueño de sí mismo. Con más medios, más saber y más técnicas que nunca, resulta que el mundo actual o contemporáneo va como el más desdichado que haya habido: puramente a la deriva.

La rebelión de las masas no presenta por sí misma ninguna vertiente favorable, “el reverso del mismo fenómeno es tremebundo; mirada por este haz, la rebelión de las masas es una y misma cosa con la desmoralización radical de la humanidad” (Ortega, O.C IV, 455). nos hunde en una profunda crisis o desmoralización. No existe ninguna dimensión positiva asociada o inherente a la despótica actuación del hombre medio o masa rebelde en todos los ámbitos, a no ser que atendamos a aquella potencialidad bienhechora que este tipo humano esconde siempre y cuando decida corregir sus errores, que son muchos. Ortega destaca en última instancia que este hombre masa “es pura potencia del mayor bien y del mayor mal” (Ortega, O.C IV, 403), pues con él todo es posible, lo mejor y lo peor.

El hombre masa, tal cual nos lo presenta Ortega, acentúa la vertiente negativa o peyorativa que de por sí presenta el curso de los acontecimientos. Una muestra de que a Ortega le preocupa sobre todo la catástrofe que en los destinos civilizatorios puede llegar a provocar la tiranía del hombre masa rebelde es el siguiente texto:

“Dejarse deslizar por la pendiente favorable que presenta el curso de los acontecimientos y embotarse para la dimensión de peligro y mal cariz que aun la hora más jocunda posee, es precisamente faltar a la misión de responsable (...), parece lo más urgente subrayar el lado palmariamente funesto de los síntomas actuales. Es indudable que en un balance diagnóstico de nuestra vida pública los factores adversos superan con mucho a los favorables si el cálculo no se hace tanto pensando en el presente como en lo

que anuncian y prometen. Todo el crecimiento de posibilidades concretas que ha experimentado la vida corre el riesgo de anularse a sí mismo” (Ortega, O.C IV, 423).

Esa adversa situación a que estamos abocados también responde a la desvirtuación, errónea asimilación o concepción de toda una serie de logros político-sociales y económico-materiales que diversos factores como la democracia liberal o la técnica científica han posibilitado en el siglo XIX. Estos logros constituyen la faz positiva que acompaña el fenómeno de la rebelión de las masas que por sí mismo nos conduce, salvo que se ponga remedio, a un desastre civilizatorio o al menos a una etapa de crisis general. Es cierto que Ortega afirma que no sabe “por qué solemos entender la palabra *crisis* con un significado triste. Crisis no es sino cambio intenso y hondo; puede ser cambio a peor, pero también cambio a mejor (Ortega, O.C IV, 332).

Afirmemos con Ortega que, de momento todo es posible, lo mejor y lo peor, en una época que, aunque se cree superior a todas las anteriores, ha dejado atrás la *plenitud de los tiempos*, la completa *madurez de la vida histórica*, que caracterizó al siglo XIX europeo con sus progresos en el campo científico-tecnológico y socio-político (Ortega, O.C IV, 393 y ss).

Un fenómeno finisecular que puede ser tránsito a una nueva organización de la humanidad, si se aprende de él. De lo contrario, puede ser una catástrofe en el destino humano.

“las penosas consecuencias de su conducta espiritual. Se ha embalado sin reservas por la pendiente de una cultura magnífica, pero sin raíces. En este ensayo se ha querido dibujar un cierto tipo de europeo, analizando sobre todo su comportamiento frente a la civilización misma en que ha nacido (...). El hombre masa está aún viviendo precisamente de lo que niega y otros construyeron o acumularon” (Ortega, O.C IV, 498).

Se podría decir que con Ortega nuevamente todo es posible. Ortega llegará a afirmar que incluso la *plenitud de los tiempos* o “pléroma” –entendido en términos de confort y superávit material– supuso que esos tiempos fueran para siempre inmóviles, congelados.

“y aun la abundancia de medios, con la sobra. En el siglo XIX aumentaban las facilidades de vida, y ello produce el prodigioso crecimiento –cuantitativo y cualitativo– de ella (...). Pero ha llegado un momento en que el mundo civilizado, puesto en relación con la capacidad del hombre medio, adquiriría un cariz sobrado, excesivamente rico, superfluo. Un solo ejemplo de esto: la seguridad que parecía ofrecer el progreso (= aumento siempre creciente de ventajas vitales) desmoralizó al hombre medio, inspirándole una confianza que es ya falsa, atrofica, viciosa” (Ortega, O.C IV, 436, nota a pie).

Unos tiempos de *plenitud* que prepararon la rebelión del *hombre masa* y también, no lo olvidemos, la deserción de las minorías rectoras. La deserción de las minorías también se puede interpretar en términos de degeneración. Prueba de ello es el siguiente párrafo donde afirma Ortega:

“es característico del tiempo el predominio, aun en los grupos cuya tradición era selectiva, de la masa y el vulgo –y el saber del vulgo es irracional–. Así en la vida intelectual, que por su misma esencia requiere y supone la cualificación, se advierte el progresivo triunfo de los pseudointelectuales, incualificados, incalificables y descalificados por su propia contextura” (Ortega, O.C IV, 378).

Ahora es la *masa* la que ha tomado el timón de la sociedad, pero la masa no se dirige, sino que gravita a donde la lleva su peso bruto. El siglo XIX ha mimado al *hombre medio* y le ha allanado el camino en sus pretensiones de rebeldía contra todo principio superior o minoritario en todo orden:

“Nadie, creo yo, deplorará que las gentes gocen hoy en mayor medida y número que antes, ya que tienen para el ello el apetito y los medios. Lo malo es que esta decisión tomada por las masas de asumir las actividades propias de las minorías, no se manifiesta, ni puede manifestarse, sólo en el orden de los placeres, sino que es una manera general del tiempo” (Ortega, O.C IV, 379).

Y es que, puede ser suicida el retorno a formas de vida inferiores a la del siglo XIX con su magnífico superávit vital, pero no se puede obviar que este siglo debió padecer ciertos vicios radicales, ciertas constitutivas insuficiencias cuando ha engendrado una casta de hombres –los hombres masa rebeldes– que ponen en peligro los principios civilizatorios mismos a que debieron la vida. Si este tipo humano rebelde sigue dueño de Europa, en tan sólo unos años, advierte Ortega, nuestro continente apostará definitivamente por la barbarie o la decadencia.

El hombre masa, como afirma Harold Raley, descende históricamente de la burguesía que hacia 1750 había empezado a imponer sus creencias o metas –materialismo, comodidad, seguridad, confort, progreso industrial, democracia, *politicismo*– a Europa. El hombre masa, en su versión de bárbaro especialista, representa el triunfo y el fracaso del *ethos burgués* de la edad moderna (Raley, 1977, 144) Un tipo de hombre medio parcialmente ilustrado pero no menos bárbaro, es decir, más sabio que nunca, “pero más inculto también –el ingeniero, el médico, el abogado, el científico” (Ortega, O.C IV, 539) Un modelo de hombre europeo con una competencia científico-técnica respetada y respetable, es decir, socialmente reconocida; pero que no escapa en muchos casos a la condición de *masa primitiva*, pues tiene la convicción de que posee un poder excepcional (racionalcientífico) que le capacita o legitima para imponer su voluntad incluso en aquellos lugares o ámbitos vitales en los que no es especialista (Gutiérrez, 2003, 113) Una de las cosas más graves que este tipo humano hace cuando actúa en nombre de la *masa rebelde* es no reconocer especialistas en aquellas áreas de conocimiento en que impone su vulgar opinión.

En *La rebelión de las masas* Ortega afirma que éste es un primer ensayo de ataque a ese hombre triunfante que destaca por su estilo primitivo y el anuncio de que

unos cuantos europeos van a resolverse enérgicamente contra su pretensión de tiranía. El ataque a fondo, advierte Ortega,

“vendrá en forma que el hombre masa no pueda precaverse contra él, lo vea ante sí y no sospeche que aquello es el ataque a fondo. El nivel vital que representa la Europa de hoy es superior a todo el pasado humano; pero si se mira el porvenir, hace temer que ni conserve su altura ni produzca otro nivel más elevado, sino, por el contrario, que retroceda y recaiga en altitudes inferiores” (Ortega, O.C IV, 437).

En síntesis, *La rebelión de las masas* recoge todas enseñanzas de Ortega a nivel político, sociológico, histórico, filosófico, antropológico, psicológico y ético.

4. LOS CONCEPTOS *MASA* Y *MINORÍA SELECTA* EN EL PERIODO RACIONALISTA-CULTURALISTA DE ORTEGA.

4.1 La huella de F. Nietzsche en el aristocratismo del joven Ortega.

La recepción del vitalismo de Nietzsche tanto en el pensamiento socialista de primera época, como en los escritos de madurez de Ortega presenta una indudable importancia. La influencia de Nietzsche en Ortega ha sido, como afirma Gonzalo Sobejano, “extensa, intensa y trascendental” (Sobejano, 1967, 527). La razón vital, el perspectivismo o el aristocratismo ético-social y pedagógico –doctrinas fundamentales en Ortega– tienen tan evidente relación con el ideario de Nietzsche que pocos son los comentaristas del filósofo español que no han advertido dicha influencia. Pero he de puntualizar que Ortega se desmarca decididamente de las desorbitadas críticas de Nietzsche al socialismo, al liberalismo y a la democracia. De lo que nos alertará nuestro autor es de los posibles desvaríos democráticos. También se muestra crítico del socialismo en su vertiente marxista o más reduccionista (economicista) y no comparte las propuestas del liberalismo abstracto e individualista del siglo XIX, aun cuando apueste por conservar su esencia.

La obra de Nietzsche contiene, sin embargo, algunas ideas que Ortega considera plenamente válidas, como por ejemplo el *pathos de la distancia* o ese saludable sentimiento de *distinción* o *jerarquía* entre los hombres:

“Hay algo que es el más delicado de todos los progresos, el más real y el más profundo, el que garantiza el resto de los avances: me refiero a lo que Nietzsche llama *el pathos de la distancia*, la sensibilidad para la distancia que debe haber entre hombre y hombre” (Ortega, O.C. I, 891).

De Ortega y Nietzsche podemos decir que abrigan un soberano sentimiento de distinción o de jerarquía de las facultades entre los hombres. El arte de separar sin enemistar; no mezclar nada; no conciliar nada; una multiplicidad enorme, que es, sin embargo, lo contrario del caos.

“Lo primero que hago –afirma Nietzsche– cuando *sondeo los riñones* de un hombre es mirar si tiene en el cuerpo un sentimiento para la distancia, si ve en todas partes rango, grado, orden entre un hombre y otro, si distingue: teniendo esto se es (...) gentilhombre; en cualquier otro caso se pertenece al tan (...) bondadoso concepto de la *canaille* (chusma)” (Nietzsche, 1985, 25).

Tanto la ética aristocrática de Nietzsche como la de Ortega afirman tanto la vida como la existencia de formas más o menos valiosas del vivir. Éstas se resumen en dos tipos de moral, a saber, una moral de los señores (valores nobles, que dicen sí a la vida) y una moral de los esclavos (valores decadentes, que niegan lo vital).

Son dos los órdenes de la vida moral, el de los mínimos y el de los máximos morales. Esta distinción responde a una ética decidida, tanto en Ortega como en Nietzsche, a dar una nueva definición de hombre. Así lo hace constar Ortega:

“Nietzsche ha movido guerra vehemente y sin tregua al problema más hondamente filosófico: la *definición del hombre* (...). Si Nietzsche, por tanto, busca una definición del hombre, queda fuera de toda duda que se afana tras una nueva moral (...). Nietzsche busca también una norma de validez universal que determine lo que es bueno y lo que es malo” (Ortega, O.C I, 177).

Un nuevo tipo de individualidad cualitativa que afirme un vivir que es más vivir. La voluntad de poder o de vida como principio de la nueva moral cincelada por un espíritu dionisíaco. La nueva moral es asumida por el *Superhombre* –“Sobrehombre” le llama Ortega–.

Este tipo humano superior es amante de las jerarquías o de las distancias y margina la homogeneidad o nivelación reinantes:

“La igualdad, una cierta aproximación en los hechos que la teoría de la igualdad de derechos expresa, pertenece –afirma Nietzsche– (...) a la decadencia; el abismo entre hombre y hombre, entre clase y clase, la multiplicidad de los tipos, la voluntad de ser quien se es, de distinguirse, todo lo que yo llamo el *pathos de la distancia*, es propio de toda época fuerte (...), ¿qué es la libertad? Tener la voluntad de la responsabilidad personal. Mantener con firmeza la distancia que separa unos hombres de otros. Ser indiferente a la fatiga, a la dureza, a la privación, hasta a la vida” (Nietzsche, 1983, 88 y s.).

El afán de distinción vertebró la política aristocrática de Ortega y Nietzsche. Ambos pensadores censuran todo atisbo igualitario entre los hombres de desigual condición y afirman la soledad radical como atributo de los espíritus superiores. Se es hombre en la medida en que se asume en soledad ese impulso o imperativo de perfección moral que conduce a la creación de una nueva tabla axiológica o de valores.

La asunción de un orden superior de los valores puede generar un modo de vida admirable o estimulante, puede hacer sentir que vale la pena vivir de un modo

determinado y generar la ilusión de llevar adelante o cultivar un proyecto determinado de vida personal. Uno de los elementos más importantes de la ética de Ortega y Nietzsche es el imperativo: “llega a ser el que eres”. Un imperativo o ley individual. La perfección sólo puede ser la de cada cual. Tiene rango metafísico, en cuanto que arraiga en la realidad concreta de cada cual, es decir, que el imperativo forma parte de la realidad vital del hombre (Conill, 2003, 111 y s.).

La dialéctica existente entre los mejores o *vita* máxima y los peores o *vita* mínima responde a dos modos de vida que ocupan un lugar preferente tanto en la ética nietzscheana como en la orteguiana. El aristocrático orteguiano y el nietzscheano muestran la interacción existente entre las minorías individuales y creadoras y las masas plebeyas e inferiores. Una dialéctica que constituye la clave de la filosofía social de Ortega.

4.2 Masa y minoría selecta desde una vertiente racionalista y culturalista.

El binomio *masa y minoría selecta* encuentra una de sus principales fundamentaciones en la distinción que establece Ortega entre la época clásica y la época romántica. La dialéctica naturaleza/cultura o romanticismo/clasicismo es proyectada por Ortega en su concepción de la masa y de la minoría selecta. La masa se corresponde con el hombre de la naturaleza, instintivo, pasional o sentimental y no racional. Este tipo de hombre es ejemplificado por el español medio, que se encuentra dominado interiormente por la bestia romántica a la que es incapaz de domeñar: a los españoles “solo nos rigen y dirigen los apetitos individuales, los cambiantes humores sentimentales, las simpatías o antipatías de nuestros nervios” (Ortega, O.C II, 98.). Por el contrario, se trataría de cumplir, como afirma Kant:

“Con el deber de hacerse digno de la humanidad por medio de la cultura en general, el deber de procurarse o de fomentar la capacidad de realizar todos los fines posibles, en cuanto ésta sólo se encuentra en el hombre; es decir, un deber de cultivar las disposiciones incultas de su naturaleza, como aquello a través de lo cual el animal se

eleva a hombre: por consiguiente, un deber en sí mismo. Sólo que este deber es únicamente ético” (Kant, 1989, 245).

El español medio se ha conducido por sus instintos, pasiones o vicios y no por su razón. Las inclinaciones y los vicios son obstáculos. El tipo de hombre medio español ocupa un lugar importante y destacado entre los tipos culturales de los que nos habla Ortega. Aparece identificado con el hombre mediterráneo, cuya característica principal es su simpatía hacia lo trivial o vulgar e intrascendente:

“El hombre español se caracteriza por su antipatía hacia todo lo trascendente, es un materialista extremo. Las cosas (...) en su rudeza material, en su individualidad, en su miseria y sordidez, no quintaesenciadas y traducidas y estilizadas, no como símbolos de valores superiores..., eso ama el hombre español” (Ortega, O.C I, 445).

El español es materialista y empirista hasta límites insospechados. Para él sólo existe lo sensible, las impresiones o sensaciones que las cosas imprimen en su conciencia (*conciencia es impresión*). El español es naturalista, realista e impresionista. Es enemigo de lo trascendente a la materia e incluso de la razón que sirvió al griego de mediadora con el mundo.

El hombre clásico se muestra favorable, en un marco culturalista y neokantiano, a la vertiente racional, pero como superadora de toda forma excéntrica. Busca el equilibrio, la medida o la simetría entre los polos opuestos que ejemplifican el alma mediterránea o impresionista y el alma gótica o trascendentalista, presa del mundo de las ideas. El hombre clásico asume el equilibrio entre el hombre gótico (idealista y trascendentalista) y el hombre mediterráneo (materialista y natural-sensualista), es decir, entre entendimiento e instinto o concepto e impresión:

“Entre ambos mundos, el de las ideas y el de las cosas, hay una perfecta correspondencia. La postura del hombre clásico ante el universo tiene (...) que ser de

confianza. El griego racionaliza el mundo, le hace antropomorfo, semejante a sí mismo (...). Este hombre, para quien sólo este mundo existe, el mundo real, que es el mundo de lo racional, sentirá donde quiera que mire, la voluptuosidad de la armonía que rige las formas corporales, es decir, la belleza, la buena proporción” (Ortega, O.C I, 443).

El hombre clásico es el hombre racional, medido o equilibrado, al que interesa “lo que de normal, jocundo y bien adobado se halle en cada objeto, en cada ser (Ortega, O.C I, 443).

Ortega se ha propuesto recuperar, bajo la estela del neokantismo, el clasicismo griego. Su objetivo es hacer del hombre español un ser virtuoso, moderado, culto, trabajador y disciplinado. Ortega desea que el hombre dé lo mejor de sí mismo, es decir, que haga prevalecer su ser reflexivo y culto-racional por encima de su ser instintivo-natural.

“hay como dos hombres que viven en perpetua lucha: un hombre salvaje, voluntarioso, irreductible a regla y a compás, una especie de gorila, y otro hombre severo que busca pensar ideas exactas, cumplir acciones legales, sentir emociones de valor trascendente. Es aquél el hombre para quien sólo existen los bravíos instintos, el hombre de la natura: es éste el que participa en la ciencia, en el deber, en la belleza, el hombre de la cultura” (Ortega, O.C II, 94).

Su modelo de hombre minoría o netamente superior es el hombre clásico (racional, lógico y medido) que se opone a la bestia romántica (sentimental, pasional y emocional) que yace dentro de nosotros y que es necesario domar “para que progrese en nosotros la realidad del hombre clásico, realidad inasible y por eso precisamente ideal seguro y perenne” (Ortega, O.C I, 126).

Se trataría de sustituir nuestro yo real, sincero, espontáneo y romántico por un yo formal, reflexivo, genérico o convencional (artificial). Hemos de situarnos más allá del estado de naturaleza o del estado originario por el que sentían cierta predilección los románticos. Éstos nos “retrotraen a la inocencia originaria y edénica” (Ortega, O.C II,

49). Clasicismo y racionalismo frente a romanticismo (Ortega, O.C II, 48 y s). Una vuelta a Platón, que es uno de los grandes representantes de la cultura griega. No asimilarse ésta “equivale a ser menos hombre, y significa una mayor aproximación al canguro” (Ortega, O.C I, 334).

¿Qué diferencia al racionalismo frente al romanticismo o viceversa? Mientras la filosofía del siglo XVIII estaba preocupada por la unificación y por lo que en las cosas hay de común, la filosofía romántica del siglo XIX se preocupó de lo que en las cosas hay de diferente, es decir, se interesaba por las peculiaridades y diversidades de cada pueblo: “La filosofía romántica amó lo diferencial, lo distintivo, lo peculiar (...), hizo destacar en toda su fuerza las siluetas individuales de los pueblos” (Ortega, O.C. I, 407).

El siglo XVIII ha sido el siglo de una razón universalizadora común a todos. Una razón niveladora de todas las diferencias en pro de una unidad radical o absoluta. El siglo XVIII también engendró un individualismo numérico y cuantitativo, centrado en las nociones de igualdad y libertad que conducen a un liberalismo abstracto y racionalista. Los pensadores ilustrados consideraban que todos los hombres son iguales por naturaleza, más allá de las ineludibles diferencias sociales. La Ilustración enfatiza la igualdad radical de todos los hombres en tanto que seres racionales. El individualismo abstracto del s. XVIII considera al individuo fuente suprema de razón y moral. Lo transforma en *legislador universal* de la sociedad.

El siglo XIX, por el contrario, se encontraba imbuido por el ideal de la diferencia y la distinción privativas del hombre concreto o del individuo particular, peculiar e incomparable (Béjar, 1988, 95 y ss). En el siglo XIX se consideraba que las diferencias obedecían a principios irracionales. Se apartó la atención de los productos reflexivos del hombre. La filosofía romántica es más afín a lo irracional e instintivo que a los aspectos racionales de la vida. Centra su atención en los productos espontáneos e irracionales como las religiones, las literaturas, las instituciones surgidas de las costumbres. No le interesan los productos racionales como pueden ser la ciencia y la cultura superior. El romanticismo considera que en cada entidad popular aparece una minoría reflexiva y una muchedumbre espontánea. Los románticos, al sentir afinidad por lo espontáneo e irreflexivo, dirigen sus preferencias hacia la muchedumbre, en cuya

ingenuidad e irreflexión hallan una mayor energía originaria, “pura de intenciones niveladoras, una mayor proximidad a los poderes elementales del universo” (Ortega, O.C I, 407).

Ortega se encuentra del lado del racionalismo y del clasicismo del siglo XVIII. Se desmarca, por tanto, de las preferencias por el pueblo irreflexivo y espontáneo de los románticos. También achaca a éstos el que denominen pueblo solamente a la masa irreflexiva e inculta. Pero no es menos verdad que en otras ocasiones Ortega habla de que los pocos son el no-pueblo. Con los románticos coincide Ortega en que la sociedad se compone de una muchedumbre o masa espontánea y plebeya y una minoría reflexiva e ilustrada o culta. Los románticos alemanes introdujeron esta idea en la filosofía y se ha convertido en piedra de toque en el pensamiento filosófico orteguiano.

Una élite de individuos culturalmente superiores ha de suscitar en el resto cierta predisposición anímica de cara al cultivo de las matemáticas y de la filosofía. Ortega cree como Nietzsche que el principio educativo correcto sólo puede consistir en lo siguiente:

“Llevar a la gran masa a una correcta relación con la aristocracia espiritual: ésta es la auténtica tarea formativa (...); la organización del Estado de genio: ésta es la verdadera República platónica (...). Yo pienso en una formación ética e intelectual (...). La tarea eterna de la formación es la organización de castas intelectuales” (Nietzsche, 2004, 109).

El problema radica en que los españoles ni creen en los mejores, ni en la educación ni en la ciencia superior, ni tampoco en los principios generales de la cultura. En nuestro país, si se llega a mentar la ciencia de la educación o hablamos de pedagogía, sonreímos los más, como si escucháramos, afirma Ortega, “una discusión sobre el agua inmortal de Paracelso, que murió a los cuarenta y ocho años (...), y otros menos benévolos, y un tanto impulsivos, pensamos: Pedagogía, Pedantería” (Ortega, O.C I, 63). Ortega está plenamente convencido, no obstante, de que la educación cultural superior es el único bálsamo capaz de solucionar el mal radical de incultura que

sufre nuestra nación. Una educación de cuño culturalista y racionalista a la que Ortega recurre una vez más de la mano de Platón. Hemos de renovar, afirma Ortega, los “ensayos de Platón. Aquel hombre poderoso tuvo la mirada más profunda que ha existido. Todavía no sabemos bien hasta dónde logró ver” (Ortega, O.C II, 96). El moralismo platónico-aristocratizante vivifica, junto con el movimiento neokantiano y culturalista, las ideas educativas del joven Ortega. Platón es una de las figuras de más presencia en sus escritos políticos.

El elitismo intelectualista platónico barniza, en esta primera época, la idea orteguiana de minoría selecta, pero en ningún caso hemos de identificar el aristocratismo orteguiano con la idea de los filósofos gobernantes de Platón. Los ideales morales son obra de una minoría intelectual y cultivada. Su misión consiste en la difusión del saber cultural superior entre el pueblo. Éste ha de participar en esta labor científica y de cultura superior. La aristocracia cultural se compone de individuos maestros y educadores de la conciencia que recurren al ejercicio de la ciencia. Cae encima “del maestro una cierta obligación de ser también científico. Ha de introducir el maestro a sus discípulos en la vida, en los órdenes esenciales de la vida” (Ortega, O.C I, 682). El binomio *masa-minoría selecta* presenta, en esta primera etapa idealista, una dimensión racional-culturalista:

“Cultura es labor, producción de cosas humanas; es decir, hacer ciencia, hacer moral, hacer arte. Cuando hablamos de mayor o menor cultura queremos decir mayor o menor capacidad de producir cosas humanas, de trabajo (...). Los españoles (...) hemos perdido la tradición cultural (...), hemos perdido el interés por las cosas, por el trabajo productor de manufacturas –mentefacturas humanas–” (Ortega, O.C II, 98).

5. ANÁLISIS DESDE DISTINTAS PERSPECTIVAS DE LA REBELIÓN DE LAS MASAS.

5.1 Interferencias políticas en el análisis del fenómeno de la rebelión de las masas.

Muchos estudiosos del pensamiento de Ortega coinciden en señalar que en *La rebelión de las masas* aquél no realiza un análisis estrictamente político. Pero también considero que a Ortega le preocupa la situación política de Occidente, sobre todo porque se ha adueñado de la misma el nuevo *hombre masa* rebelde. Éste también extiende su poder a la esfera política haciendo de ésta, en muchos casos, un ámbito rebosante de irracionalidad. En la sociedad contemporánea han penetrado en la política los irracionales del hombre masa declarado en rebeldía. El aparato de masa de la Democracia incorpora la irracionalidad a puestos donde sería necesaria la dirección racional.

La rebelión de las masas nos conduce a valorar especialmente esta situación de irracionalidad latente en la esfera política. Pero la grandeza de la obra radica en que nos ha advertido de una irracionalidad que se extiende a todos los ámbitos vitales en que anida el hombre masa. Su lectura, sin embargo, ha quedado en muchos casos reducida a su dimensión política. Esta es la visión con que normalmente se han leído muchos de los escritos de Ortega. Es comprensible hasta cierto punto que, en aquella época, años 30, se llevara a cabo una lectura política de *La rebelión de las masas*, pues la obra vivió en una época de *polítización* o *politicismo integral*. Es decir, en un tiempo en que todo – lo político y lo que no lo es– se toma políticamente y como si fuera político. Todo se reduce a una *única cuestión*, a saber, averiguar si algo o alguien es, como afirma Julián Marías, de derechas o de izquierdas (Marías, 1976, 12). Una de las cosas “que ahora se dicen es que todo el mundo tiene que hacer política *sensu stricto*. Lo dicen, claro está, los que no tienen otra cosa que hacer” (Ortega, O.C IV, 364). Es manifiesto el peligro que conlleva un tipo de política de condición morbosa o frenética que lo gobierne todo. Esta situación se resuelve en *politicismo integral*, en la absorción de todas las cosas y de todo hombre por el espectro político. Se trata de una y misma cosa con el fenómeno de la rebelión del nuevo *hombre masa*. La masa en rebeldía ha perdido toda capacidad de religión o de conocimiento. En su interior no hay más que política, exorbitada o

frenética, fuera de sí. Este tipo de política pretende suplantar al conocimiento, a la religión o a la sabiduría, únicas cosas aptas para ocupar el centro de la mente humana. La política radical o en exceso vacía al hombre de soledad e intimidad y por eso “la predicación del *politicismo integral* es una de las técnicas que se usan para socializarlo” (Ortega, O.C IV, 365).

A Ortega le interesa de los problemas políticos sobre todo su raíz social, es decir, le seduce un nivel más profundo que el de la política (Marías, 1976, 13). Julián Marías, no obstante, sostiene que *La rebelión de las masas* presenta una significación política, mucho mayor hoy que la de casi todos los libros de política del último medio siglo, pero esto es así por haber tomado los problemas políticos en su raíz social. Sin embargo, realizar una lectura exclusivamente política de esta importante obra de Ortega, nos aboca a una interpretación parcial, incompleta, o como dice Marías, políticamente insuficiente. De ahí que la terminología de *La rebelión de las masas* no sea exclusivamente política y que no aluda principalmente al poder político, sino sobre todo al poder social de una minoría selecta o ejemplar. Aunque le interesa el devenir político de Occidente, sin embargo, el tema por el que Ortega muestra interés “en estas páginas es políticamente neutro, porque alienta en estrato mucho más profundo que la política y sus disensiones” (Ortega, O.C IV, 433). No se puede ser más explícito:

“Ni este volumen ni yo somos políticos. El asunto de que aquí se habla es previo a la política y pertenece a su subsuelo. Mi trabajo –afirma Ortega– es oscura labor subterránea de minero. La misión del llamado intelectual es, en cierto modo, opuesta a la del político. La obra intelectual aspira, con frecuencia en vano, a aclarar un poco las cosas, mientras que la del político suele, por el contrario, consistir en confundirlas más de lo que estaban. Ser de la izquierda es, como ser de la derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral. Además, la persistencia de esos calificativos contribuye no poco a falsificar más aún la realidad del presente, ya falsa de por sí, porque se ha rizado el rizo de las experiencias políticas a que responden, como lo demuestra el hecho de que hoy las derechas prometen revoluciones y las izquierdas proponen tiranías” (Ortega, O.C IV, 364).

El primer capítulo de *La rebelión de las masas* advierte de la inconveniencia de dar un significado exclusiva o primariamente político a la palabra *rebelión*, *masas*, *poderío social*, etc. La vida pública no es sólo política, sino, a la par y aun antes, intelectual, moral, económica, religiosa; comprende “los usos todos colectivos e incluye el modo de vestir y el modo de gozar” (Ortega, O.C IV, 375). Ortega desmarca su pensamiento *elitista* de una significación exclusivamente política. Y también muestra que la indocilidad política no sería grave si no proviniese de una más honda y decisiva indocilidad intelectual o moral. En ningún momento su pensamiento sobre el binomio minoría selecta-masa adquiere un significado exclusivamente político. No se trata de una élite detentadora del poder. Así lo han reconocido también Julián Marías o Thomas Mermall, entre otros. Thomas Mermall considera que “la minoría selecta de Ortega no es una minoría política detentadora del poder sino, como ha puesto de relieve Sánchez Cámara, una minoría ejemplar (...). Por consiguiente, los problemas sociales con los que se enfrenta Ortega no son estructurales ni políticos – exclusivamente– sino esencialmente culturales y morales, y las minorías ejemplares portadoras de valores son los medios de perfeccionamiento de la sociedad” (Mermall, 1999, 55). Para este autor la confusión entre minorías ejemplares y minorías de poder en la obra más conocida de Ortega procede de que éste no lleve “a cabo una distinción adecuada entre minoría cualificada-competente y minoría egregia. La competencia no garantiza la nobleza y menos la apertura mental, según ha demostrado el autor con el ejemplo de científico-especialista; por otra parte, tampoco es la nobleza, el espíritu esforzado y refinado, necesariamente signo de competencia. De modo que cuando el autor habla de una minoría directora especialmente cualificada, el lector apenas tiene idea clara del papel social específico de la minoría selecta” (Mermall, 1999, 55).

No se puede hablar en ningún caso de que el aristocratismo orteguiano presente una dimensión estrictamente política. Pero no es menos cierto, que su teoría sobre la excelencia o vida noble (esforzada o autoexigente), tal y como aparece en *La rebelión de las masas*, puede llegar a tener manifestaciones en la órbita de la política, como apunta el siguiente párrafo de *La rebelión de las masas*.

“Existen en la sociedad operaciones, actividades, funciones del más diverso orden, que son, por su misma naturaleza, especiales, y consecuentemente no pueden

ser bien ejecutadas sin dotes también especiales. Por ejemplo: ciertos placeres de carácter artístico y lujoso, o bien las funciones de gobierno y de juicio político sobre los asuntos públicos. Antes eran ejercidas estas actividades especiales por minorías calificadas (...). La masa no pretendía intervenir en ellas: se daba cuenta de que si quería intervenir tendría congruentemente que adquirir esas dotes especiales y dejar de ser masa. Conocía su papel en una saludable dinámica social (...). La masa presumía que, al fin y al cabo, con todos sus defectos y lacras, las minorías de políticos entendían un poco más de los problemas públicos que ella” (Ortega, O.C IV, 379).

En este momento Ortega se muestra preocupado ante el hecho de que las masas se dediquen a ocupar los lugares que no les corresponden y, sobre todo, que ejerzan funciones políticas para las que no están capacitadas o cualificadas. A esta situación también ha contribuido la fácil accesibilidad de las élites (políticas, intelectuales, culturales, etc.) en el mundo contemporáneo. Cuando las élites son de fácil acceso, como ocurre en las sociedades europeas actuales, las masas ejercen cierta presión sobre aquéllas para adaptarlas a la voluntad general transitoria. Las masas están dispuestas a aprovechar la oportunidad que les brindan las élites accesibles para imponer sus normas de masa a todas las esferas de la sociedad en forma incontenida, favoreciendo de este modo una creciente mediocridad. La presión que la masa ejerce sobre las élites impide que éstas logren cumplir con sus funciones creativas y sustentadoras de valores. Son muchos los autores que afirman que el sistema es inoperante, pues no prevé la separación entre capaces e incapaces, y por lo tanto el mérito en cualquier esfera de la vida social no es susceptible de ser descubierto, desarrollado ni protegido. En una situación de esta índole, las élites no pueden ser creadoras ni tampoco ejercer influencia profunda en la sociedad. Pero únicamente ellas están en condiciones de desempeñar esas funciones superiores.

Hay ciertas funciones sociales, y entre ellas las funciones políticas, que requieren la presencia de los individuos más especialmente dotados o cualificados. Pero es en la Europa de comienzos del siglo XX, donde acontece el imperio político de las *masas* o de lo *mostrenco común* de que presume el nuevo hombre masa. Un claro ejemplo lo encontramos en los movimientos políticos fascista (Benito Mussolini en Italia), bolchevique (Lenin o Stalin en Rusia) y nacionalsocialista (Hitler en Alemania)

(Ortega, O.C IX, 298). Estos tres movimientos de masas favorecen una política radical estatal. A nivel político estos regímenes suponen la quiebra definitiva de las instituciones democrático-liberales. Estas son las únicas capaces de defender jurídicamente al individuo como ente con un valor único e inalienable frente a los peligros del mundo en torno. Para qué queremos instituciones, normas o principios de humana convivencia que regulen nuestra conducta y nos protejan, se preguntará seguramente el hombre masa o la masa rebelde. Ésta no ve por ningún lado peligros o dificultades de ningún tipo y se funde con el mundo, que para el hombre masa es todo facilidad. La crisis es considerable y de ella da buena cuenta el activismo de ese nuevo tipo humano rebelde de condición antiliberal. El hombre masa no respeta la libertad personal o individual. Sólo atiende a los comportamientos y *proyectos* en masa. La rebelión de las masas responde a un período de crisis e ilegitimidad en tanto que se produce la quiebra del Estado liberal (Ariel Del Val, 1984, 153). A esa crisis o quiebra han contribuido toda una serie de regímenes totalitarios o dictatoriales liderados por una personalidad autoritaria e irracional, despótica, que responde a la figura del *hombre masa* en uno de sus haces. Hitler, Stalin o Mussolini son tres típicos representantes de estos movimientos de masas que sólo obedecen a la acción directa en el marco de un Estado portentoso. Ortega insiste en esta idea de *La rebelión de las masas*:

“Mussolini pregona con ejemplar petulancia, como un prodigioso descubrimiento, hecho ahora en Italia, la fórmula Todo por el Estado; nada fuera del Estado; nada contra el Estado. Bastaría esto para descubrir en el fascismo un típico movimiento de hombres masa (...). Mussolini se encontró con un Estado admirablemente construido –no por él, sino precisamente por las fuerzas e ideas que él combate: por la democracia liberal. Él se limita a usarlo incontinentemente, y (...) es indiscutible que los resultados obtenidos hasta el presente no pueden compararse a los logrados en la función política y administrativa por el Estado liberal” (Ortega, O.C IV, 451).

La solución a todo este fenómeno político radica en iniciar una política absolutamente limpia y sin anacronismos: “La política de halago a las masas, a cualquier masa, está terminando en el mundo. El fascismo y el nacionalsocialismo son

su última manifestación, y a la par, el tránsito a otro estilo de organización popular” (Ortega, O.C V, 286). Hay que ir más allá de ellos y evitar su imitación. Un pueblo que imita es, en opinión de Ortega, un pueblo vil. (Ortega, O.C V, 286).

5.2 Perspectivas del análisis del fenómeno de la masificación: de la aparición de las multitudes (perspectiva cuantitativa) a la disección del hombre masa (perspectiva cualitativa).

Ortega va a abordar el estudio del fenómeno de la masificación desde dos perspectivas radicalmente diferentes y complementarias: por un lado, la perspectiva *cuantitativa*, que interpreta la masificación como el fenómeno de las multitudes o de las aglomeraciones; por otro, la perspectiva *cualitativa*, que interpreta la masificación como el surgimiento del hombre masa.

En primer lugar, abordaremos el fenómeno de la masificación desde la perspectiva cuantitativa. La era de las multitudes o de las muchedumbres constituye el nuevo estado de la humanidad que amenaza el ineludible, aunque debilitado, orden jerárquico de la sociedad contemporánea. Las jerarquías personales o sociales relajan su dominio. Predomina la uniformidad o la estandarización, en suma, la ley de la mediocridad o de la masificación: lo que es común a todos se mide por el mismo rasero de quienes poseen lo menos. El alma colectiva coloniza el alma individual. Las diferencias entre tipos humanos quedan abolidas.

La masificación se nos presenta como un fenómeno enigmático y universal. La masa, como afirma Canetti, aparece ahí donde antes no había nada. Siempre ha habido multitudes, invisibles e inaudibles. Pero por una especie de aceleración de la historia, rompieron sus trabas y dejaron de ocupar un papel secundario como hasta entonces. Se rebelaron, volviéndose visibles y audibles. De pronto, todo se llena de gente. Muchos no saben qué ha ocurrido, pero sí tienen prisa por estar allí donde está la mayoría. El movimiento de unos contagia a los otros. Tienen una meta, a saber, el lugar donde se ha congregado la mayoría de la gente o de la multitud (Canetti, 2000, 49).

¿Qué es una multitud o masa en sentido cuantitativo? Una masa es un conjunto transitorio de individuos iguales y anónimos. En su seno las ideas o las emociones de cada uno tienden a expresarse espontáneamente. Una multitud o masa es el animal social que ha roto su correa. Las prohibiciones de la moral han sido barridas, junto con las disciplinas de la razón o de la conciencia. Las masas exteriorizan en la acción, a menudo violenta, sus sueños o sus pasiones, del delirio al martirio. Se trata de un grupo humano en efervescencia, un constante hormigear. Tal es la multitud. También nos referimos a una fuerza indomable o ciega, capaz de superar todos los obstáculos, de desplazar montañas o de destruir la obra de los siglos. Las multitudes son conglomerados de individuos que se reúnen al margen de las instituciones. Resultan de la descomposición permanente o provisional de los grupos o de las clases. Son un cúmulo de elementos sociales desintegrados, de desechos humanos barridos fuera de la sociedad que manifiestan una enorme hostilidad. Se trata de un fenómeno colectivo más que social, pues la sociedad es orden y a la multitud le seduce especialmente el desorden.

Las multitudes son abigarradas, extravagantes, delirantes, incontroladas, violentas o criminales etc. Pero la masa o muchedumbre no es exclusivamente la plebe, el populacho, los pobres, los ignorantes, el proletariado, *los muchos*, que se opondría a la élite o a la aristocracia. La multitud o masa es todo el mundo, usted y yo, cada uno de nosotros. Las masas no son sólo los contingentes poblacionales que anidan en las clases media o baja, sino que masas – rebeldes y primitivas– hay en todas las clases o grupos sociales, al menos así lo ha entendido Ortega, a quien se unen otros autores como H. Arendt, Giovanni Sartori o William Kornhauser, entre otros. Se compone de individuos normales de cualquier clase o grupo social. En cuanto están juntos, los hombres, sin distinción, forman masa o multitud. Sienten, razonan y reaccionan en un plano mental distinto al de un hombre aislado o en plena disposición de sus capacidades o juicio personal (Moscovici, 1985, 13). El ser masa es una situación que nos acecha a todos, poniéndonos en continuo riesgo de perder nuestra propia personalidad.

Ortega nos alerta en muchas ocasiones del peligro inherente al imperio de las muchedumbres o de las aglomeraciones como fenómeno cuantitativo o visual. Se trata de un fenómeno plenamente actual que se concreta en una experiencia visual, a saber, la aglomeración o el lleno. Las ciudades están llenas de gente; las casas, llenas de

inquilinos; los hoteles, llenos de huéspedes; los trenes, llenos de viajeros; las playas, llenas de bañistas; las salas de los médicos famosos, llenas de enfermos, etc. Lo que antes no solía ser problema, comienza a serlo ahora: encontrar sitio.

La nueva sociedad es ante todo una sociedad gobernada por las muchedumbres. Se reconoce esto en el número. Es un hecho patente. Siempre que se juntan unos individuos, se ve pronto apuntar y surgir una multitud. Al contemplar en las grandes ciudades esas inmensas aglomeraciones de seres humanos, que van y vienen por sus calles o se concentran en festivales o manifestaciones políticas, Ortega se pregunta si un joven puede, en estas condiciones, diseñar un proyecto de vida personal realizable sólo mediante sus decisiones y esfuerzos propios. Y su respuesta es descorazonadora:

“Pronto advertirá que su proyecto tropieza con el prójimo, como la vida del prójimo aprieta la suya. El desánimo le llevará, con la facilidad de adaptación propia de su edad, a renunciar no sólo a todo acto, sino hasta todo deseo personal, y buscará la solución opuesta: imaginará para sí una vida *estándar*, compuesta de *desiderata* comunes a todos y verá que para lograrla tiene que solicitarla o exigirla en colectividad con los demás. De aquí la *acción en masa*. La cosa es horrible, pero no creo que exagere la situación efectiva en que van hallándose casi todos los europeos” (Ortega, O.C IV, 366).

Para Ortega Europa es una termitera donde apenas queda espacio mental y físico para la iniciativa individual. La estructura de la vida en nuestra época impide que el hombre pueda vivir como persona. Es cierto que todavía es posible, afirma Ortega, que ciertas minorías de hombres altamente dotados reabren contra el tiempo:

“No creo que las líneas generales del colectivismo puedan ser ni evitadas ni modificadas en grado suficiente, pero sí es posible salvar de ellas ciertas formas de vida, de actuación individual, y el intentarlo sería el papel histórico de las profesiones liberales” (Ortega, O.C IX, 677).

Las profesiones liberales son un claro ejemplo de actuación individual, de vida noble o creativa. Dentro de ellas destacan los intelectuales, los valores de la inteligencia, escasamente estimados hoy en día. La profesión liberal es una ocupación predominantemente intelectual, donde el individuo actúa suelto, por sí y ante sí, desde su más intransferible individualidad. En la profesión liberal “el hombre actúa formalmente como individuo concreto, con sus condiciones personalísimas. Su actividad tiene siempre una dimensión de creación. No consiste en repetir un comportamiento *estándar*. Se exige de ella, que sea siempre, más o menos, invención, que el profesional reaccione en cada caso de un modo original. Esto significa que las profesiones liberales requieren dotes muy especiales, que sólo se dan en individuos determinados y, aun en éstos, con diferente grado. La profesión liberal, en suma, supone talentos o dotes” (Ortega, O.C. IX, 693 s).

Unos talentos que el individuo ha desarrollado o educado con grande y constante esfuerzo. Sin embargo, la degradación del entusiasmo por la inteligencia y por la individualidad es uno de los fenómenos más sorprendentes de los últimos treinta años, afirma Ortega en 1954. Esta situación es propia de una época colectivista, frente a la época individualista del siglo XIX –las épocas individualistas han sido sumamente escasas o breves, pues casi siempre el individuo ha estado gobernado por poderes anónimos o formas de organización colectiva. Nuestro tiempo ha asistido al tránsito del predominio de las formas de vida individual al predominio de las formas de vida colectiva: “Hace veinticinco años hablé ya de esto en mi libro *La rebelión de las masas*. Pero es que la inteligencia es el superlativo de la individualidad y las masas detestan a los individuos únicos, aceptan solo los individuos intercambiables. Ni vale decir que se desestima a la inteligencia porque no ha resuelto todos los problemas humanos, porque nunca ha pretendido poder hacerlo. La inteligencia sabe muy bien que si todos los problemas humanos fueran resueltos la humanidad se moriría de resueltas de ello, porque el hombre es un ser hecho para existir en lo problemático, para ser espoleado por la conciencia y el dolor de sus problemas. Pero menos verídico es acusar a la inteligencia de las catástrofes que han sobrevenido en el último tiempo” (Ortega, O.C. IX, 699).

Esta situación también se percibe en la metamorfosis que experimenta el individuo sumergido en una multitud y convertido en un ser anónimo: los deseos, las pasiones o los intereses que subsisten en él, latentes, dependen para su realización del gran número de personas. Lo vemos sometido a los sobresaltos de la angustia social y a las presiones para conformarse o asemejarse a un modelo colectivo, esto es, se comparte un espíritu o sentimiento común que mitiga las diferencias de personalidad y disminuye las facultades intelectuales. Se asiste a un proceso de *masificación*, es decir, a la mezcla de las categorías sociales. Proletarios o capitalistas, hombres cultivados o ignorantes, poco importa el origen: las mismas causas producen los mismos efectos. A partir de los diversos fragmentos heterogéneos se forma un complejo humano homogéneo: la masa. Estos individuos masificados, amontonados son los actores de la historia y los protagonistas de nuestro tiempo.

Las razones de este estado de cosas también se encuentran en los medios de comunicación de masas, sobre todo en la influencia que ejercen sobre los hombres. Una situación que advirtió Ortega. Penetrando en cada hogar, presentes hasta en los lugares de trabajo, insinuándose en cada playa de recreo, dirigiendo las opiniones o uniformándolas, estos medios transforman los espíritus individuales en espíritu de masa. Por una especie de telepatía social, los mismos pensamientos o las mismas imágenes son evocados por millones de individuos y se propagan de uno en otro a la manera de las ondas de radio. Constantemente preparados para reunirse en masa, los individuos se fusionan espontáneamente en un solo ser colectivo. La masa es la multitud desencadenada, sin conciencia ni jefe, sin disciplina a no ser aquella vana disciplina hedonista que le marcan los medios de comunicación de masas.

Ortega nos alerta del peligro que encierra el fenómeno de las multitudes. Preso de la sorpresa, como buen intelectual que se precie, nos advierte de que estas muchedumbres han ocupado precisamente los lugares mejores, reservados antes a grupos de individuos excelentes, en suma, a minorías.

Ortega no exime de responsabilidad a las minorías selectas en su arriñonamiento social: “Las aristocracias, desde 1800 en lo político y desde 1900 en lo social, han sido arrolladas, y es ley de la historia que las aristocracias no pueden ser arrolladas sino cuando previamente han caído en irremediable degeneración” (Ortega,

O.C IV, 64). Las muchedumbres se han hecho visibles y se han instalado en los lugares preferentes de la sociedad. Las masas aglomeradas se han dedicado a ocupar todos los locales y utilizar todos los utensilios cuyo uso era privativo de las minorías de individuos egregios. Las masas reclaman el sitio de las minorías, pero sin pretender por ello dejar de ser masas. Con el imperio de las masas de toda clase se arroyan las individualidades egregias. Ser diferente es indecente. Viva el igualitarismo y abajo con toda iniciativa de diferenciación entre los hombres. Las masas se han convertido en el personaje principal en el escenario social. Ya no hay protagonistas: sólo hay un inmenso coro. La masa ha surgido y se ha propagado.

La rebelión de las masas es el hecho formidable de nuestro tiempo descrito por Ortega sin ocultar la auténtica brutalidad de su apariencia. Este novísimo acontecimiento es resumido por Ortega en el siguiente párrafo:

“Si los individuos que integran la masa se creyesen especialmente dotados, tendríamos no más que un caso de error personal, pero no una subversión sociológica. Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho a la vulgaridad y lo impone dondequiera. Como se dice en Norteamérica: ser diferente es indecente. La masa arroja todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo corre el riesgo de ser eliminado (...). *Todo el mundo* era, normalmente, la unidad compleja de masa y minorías discrepantes, especiales. Ahora todo el mundo es sólo la masa” (Ortega, O.C IV, 380).

Como contrapartida a este descomunal advenimiento de las masas a la superficie de la historia, Ortega muestra la importancia que para la vida pública o cultural de una nación representan las minorías o los grupos selectos de individuos cualificados. En estos grupos, que se caracterizan por no ser muchedumbre o masa, la coincidencia efectiva de sus miembros “consiste en algún deseo, idea o ideal, que por sí sólo excluye el gran número. Para formar una minoría, sea la que sea, es preciso que antes cada cual se separe de la muchedumbre por razones especiales, relativamente individuales” (Ortega, O.C IV, 377).

El tránsito del análisis del concepto de *masa* en sentido cuantitativo, al de *hombre masa* en sentido cualitativo se produce en los primeros capítulos de *La rebelión de las masas*. Nuestro autor comienza su discurso sobre el fenómeno más importante de nuestro tiempo hablando de la génesis de las muchedumbres o de las aglomeraciones en sentido cuantitativo o visual:

“Los componentes de esas muchedumbres no han surgido de la nada. Aproximadamente, el mismo número de personas existía hace quince años (...). Los individuos que integran estas muchedumbres preexistían, pero no como muchedumbre. Repartidos por el mundo en pequeños grupos, o solitarios, llevaban una vida, por lo visto, divergente, disociada, distante. Cada cual – individuo o pequeño grupo – ocupaba un sitio, tal vez el suyo, en el campo, en la aldea, en la villa, en el barrio de la gran ciudad. Ahora de pronto, aparecen bajo la especie de aglomeración, y nuestros ojos ven dondequiera muchedumbres. ¿Dondequiera? No, no; precisamente en los lugares mejores, creación relativamente refinada de la cultura humana, reservados antes a grupos menores, en definitiva, a minorías (...). Antes, si existía, pasaba inadvertida, ocupaba el fondo del escenario social; ahora (...) es ella el personaje principal (...). El concepto de muchedumbre es cuantitativo y visual. Traduzcámoslo, sin alterarlo, a la terminología sociológica. Entonces hallamos la idea de masa social” (Ortega, O.C IV, 377).

De la *masa* o muchedumbre, en un sentido cuantitativo, surgen dos tipos cualitativos que se distinguen por su actitud de mayor o menor razonabilidad, a saber, el *hombre medio* de condición mediocre o vulgar que se sabe corriente, sin especiales dotes, pero con ánimo de reconocimiento o voluntad de congruir con lo alto; y otro: el nuevo *hombre medio* o *masa* sublevado, es decir, *masa* o *vulgo* rebelde. Un tipo humano, este último, incapaz de contemplación y admiración alguna, dispuesto a resolverse contra toda superioridad, suspiro aristocrático o atisbo de excelencia que se resuelva o transmute en instancia ética superior. El nuevo hombre masa se encuentra en plena franquía vital sin causa especial ninguna, es decir, como estado nativo y establecido. Y se habitúa “a no apelar de sí mismo a ninguna instancia fuera de él”

(Ortega, O.C IV, 411.), es decir, no reconoce la importancia de someterse a instancias de índole superior. En palabras de Ortega, diríamos que se convierte lo que era meramente cantidad –la muchedumbre– en una determinación cualitativa: “Es la cualidad común, es lo mostrenco social, es el hombre en cuanto no se diferencia de otros hombres, sino que repite en sí un tipo genérico” (Ortega, O.C IV, 377), que se desdobra en dos tipos de desigual valor: el *hombre de la masa* o mediocre y el *hombre masa* igualmente mediocre pero actualmente dispuesto a rebelarse: “Imagínese un hombre humilde que al intentar valorarse por razones especiales (...) advierte que no posee ninguna calidad excelente. Este hombre se sentirá mediocre y vulgar, mal dotado, pero no se sentirá *masa*” (Ortega, O.C IV, 378) u *hombre masa* en su sentido más peyorativo.

Ortega también distingue entre el nuevo hombre masa que se ha declarado en rebeldía y el *hombre masa* de otras épocas que se sintió siempre constitutivamente referido a limitaciones materiales o a poderes sociales superiores. Si el hombre masa de antaño lograba mejorar su situación, si ascendía socialmente, lo atribuía bien al azar de la fortuna o a un enorme esfuerzo que él sabía muy bien cuanto le había costado. El rebelde hombre masa actual no encuentra limitación alguna y se abandona tranquilamente a sí mismo. Nada de fuera le incita a reconocerse límites y, por tanto, a contar en todo momento con normas superiores a él. Está satisfecho tal y como es:

“tenderá a afirmar y dar por bueno cuanto en sí halla: opiniones, apetitos, preferencias o gustos (...). Nunca el hombre masa hubiera apelado a nada fuera de él si la circunstancia no le hubiese forzado violentamente a ello. Como ahora la circunstancia no le obliga, el eterno hombre masa (...), deja de apelar y se siente soberano de su vida” (Ortega, O.C IV, 411).

Los principios de la Edad Moderna: racionalismo, democratismo, mecanicismo, industrialismo, capitalismo, han posibilitado que las *masas* y, sobre todo, el actual hombre medio o masa rebelde, disfrute de toda una serie de ventajas o facilidades político-materiales que ni en sueños hubiera podido imaginar el hombre de las centurias anteriores e incluso el que dirigió el ya lejano siglo XIX. La técnica, junto

con la democracia liberal, ha engendrado, afirma Ortega, “al hombre masa en el sentido cuantitativo de esta expresión. Pero estas páginas han intentado mostrar que también es responsable de la existencia del hombre masa en el sentido cualitativo y peyorativo del término” (Ortega, O.C IV, 441). El hombre masa actual o las nuevas *masas* rebeldes se encuentran con un paisaje rebotante de posibilidades sociales, político-jurídicas y económico-materiales que le facilitan su existencia enormemente:

“El hombre medio de cualquier clase social encontraba cada día más franco su horizonte económico. Cada día agregaba un nuevo lujo al repertorio de su *standard* vital (...), bienestar puesto ante él solícitamente por una sociedad y un Estado que son un portento de organización. A esta facilidad y seguridad económicas añádanse las físicas: el *confort* y el orden público. La vida va sobre cómodos carriles, y no ha verosimilitud de que intervenga en ella nada violento y peligroso” (Ortega, O.C IV, 406).

El nuevo hombre masa manifiesta una impresión vital que se traduce en una sensación de holgura ante la vida. Todo le está permitido. A nada está obligado: “no halla ante sí —el hombre medio— barreras sociales ningunas (...), trabas y limitaciones. Nada le obliga a contener su vida” (Ortega, O.C IV, 406). Las nuevas masas se encuentran con un paisaje lleno de posibilidades y además seguro, puesto a su disposición sin requerir ningún tipo de esfuerzo por su parte. Sin embargo, son insolidarias con las causas de este magnífico e inusitado bienestar. La nueva *masa*, tanto *plebeya* como *aristocrática*, destruye, paradójicamente, las facilidades que le ofrece la vida (Ortega, O.C IV, 409). La perfección misma con que el siglo XIX ha dado una organización a ciertos órdenes de la vida es origen de que las masas beneficiarias no la consideren como organización, “sino como naturaleza. Así se explica y define el absurdo estado de ánimo que esas masas revelan: no les preocupa más que su bienestar y al tiempo son insolidarias con las causas de ese bienestar” (Ortega, O.C IV, 408).

En todas las clases sociales hay hombres masa rebeldes o *masa* en sentido cualitativo y peyorativo, y no sólo en sentido cuantitativo. Harold Raley dice que el nuevo hombre masa o vulgo rebelde trasciende todas las fronteras de clase y todas las

profesiones (Raley, 1977, 147). Aquél no es otra cosa que una clase de hombre deficiente declarado en rebeldía, que anida impunemente en todas las clases o grupos sociales:

“Por masa –prevenía yo al principio– no se entiende especialmente al obrero; no designa aquí una clase social, sino una clase o modo de ser hombre que se da hoy en todas las clases sociales, que por lo mismo representa a nuestro tiempo, sobre el cual predomina e impera” (Ortega, O.C IV, 442).

Es un error, frecuentemente cometido, identificar las masas con las clases socioeconómicas más desfavorecidas y las minorías con las clases más acomodadas o superiores. Así lo ha reconocido Ortega desde que publicara *España Invertebrada*. Los conceptos de masa y de minoría selecta son totalmente inidentificables con el de clase social. Ambos términos denotan cualidades, sensibilidades o actitudes vitales diferentes. Es totalmente errónea la idea de que la rebelión de las masas sea la expresión reivindicativa de una clase oprimida contra una clase opresora. Dentro de cada clase social hay masa, hombres masa rebeldes y minoría auténtica o nobleza esforzada. No se trata, pues, afirma Julián Marías,

“de clases sociales, ni siquiera de grupos sociales permanentes; se trata de funciones sociales. Quiero decir que todos los hombres pertenecen, en principio, a la masa, en cuanto no están especialmente cualificados, y sólo emergen de ella para ejercer una función minoritaria, cuando tienen tal o cual competencia o cualificación pertinente, después de lo cual se reintegran en la masa” (Marías, 1976, 25).

La tesis de Julián Marías es un tanto restrictiva o al menos parcial. La nobleza o vida esforzada no se define solamente por la cualificación o competencia de un individuo cualesquiera. La cualificación o la competencia sin más es condición necesaria pero no suficiente para formar parte de la nobleza. La vida noble o

autoexigente obliga a una saludable perspectiva estimativa que se resuelve en una sensibilidad ante la vida y ante la realidad ciertamente especial. Ortega, cuando habla de cualificación, no se refiere exclusivamente a una cualificación técnica o científica, sino sobre todo a un tipo de cualificación intelectual y ética que se traduce o requiere del sometimiento a instancias o normas superiores.

Lo normal, sin embargo, es que en las clases superiores esa minoría sea, en cierto sentido, más nutrida, e incluso más selecta, pero no falta en ella la *masa* en sus diferentes formas o dimensiones. Se suele llamar, a veces, aristocracia a lo que sólo es *masa* de una clase social elevada. Las masas no tienen que confundirse con una clase en particular. No hay que confundir masas con clases trabajadoras, ni tampoco identificar los movimientos de masa con los movimientos sociales originados en la clase obrera. Cualquiera de las clases sociales o todas ellas pueden albergar *masas*. Incluso ciertas clases tienen más probabilidades que otras de dar origen a *masas*. La sociedad contemporánea se caracteriza por la presencia de *hombres masa* rebeldes tanto en las élites como en los demás grupos, y consecuentemente por la vulnerabilidad psicológica de las élites y de los grupos que no constituyen élites, a la atracción de las masas. La masa es el conjunto de individuos no cualificados, mientras que las minorías son grupos de individuos especialmente cualificados no sólo técnica o científicamente, sino también ética e intelectualmente.

Las masas no son sólo ni principalmente las masas obreras. Incluso entre los obreros puede haber almas egregiamente disciplinadas o esforzadas (nobles). Sin embargo, la principal preocupación de Ortega viene de la constatación de que la sociedad contemporánea se encuentra sometida al imperio de hombres inteligentes o ilustrados, pero no menos *masa* rebelde. La rebeldía de las *masas* que anidan en la clases media o superior es lo que de verdad preocupa a Ortega. El prototipo de *masa* rebelde se encuentra en las clases media y superior o más acomodada. El *hombre masa* actual tiene mayor capacidad intelectual que el de ninguna otra época. Pero esa capacidad no le sirve –en opinión de Ortega– “de nada; en rigor, la vaga sensación de poseerla le sirve sólo para cerrarse más en sí y no usarla. De una vez para siempre consagra el surtido de tópicos, prejuicios, cabos de ideas (...) que el azar ha amontonado en su interior” (Ortega, O.C IV, 416) para imponerla por doquier. El hombre masa actual es un tipo humano con una sabiduría, en muchos casos, caduca u obsoleta que

ensalza e impone como si de un derecho a la vulgaridad se tratase. No es de extrañar que una de las tesis más importantes de la obra más conocida de Ortega sea aquella que nos advierte del imperio que sobre la vida pública ejerce hoy la vulgaridad intelectual, como factor de la presente situación más nuevo o menos asimilable a nada del pretérito. Nunca el *vulgo*, afirma Ortega,

“había creído tener *ideas* sobre las cosas. Tenía creencias, tradiciones, experiencias, proverbios (...) pero no se imaginaba en posesión de opiniones teóricas sobre lo que las cosas son o deben ser (...). Una innata conciencia de su limitación, de no estar calificado para teorizar se lo vedaba completamente (...). Hoy en cambio, el hombre medio tiene las ideas más taxativas sobre cuanto acontece y debe acontecer en el Universo. Por eso ha perdido el uso de la audición. ¿Para qué oír, si ya tiene dentro cuanto le hace falta? (...). No hay cuestión de la vida pública donde no intervenga, ciego y sordo como es, imponiendo sus opiniones (...). Las ideas de este hombre medio no son auténticamente ideas, ni su posesión es cultura (...). Yo veo en ello la manifestación más palpable del modo de ser las masas (...). El hombre medio se encuentra con ideas dentro de sí, pero carece de la función de idear” (Ortega, O.C IV, 418).

En síntesis, el objeto de *La Rebelión de las masas* es, como afirma Ignacio Sánchez Cámara, analizar el comportamiento o actuación de un nuevo tipo humano que Ortega denomina *hombre masa* o *masa rebelde* (que anida en todas las clases) en una situación social e histórica concreta: la de la civilización occidental en el primer tercio del siglo XX (Sánchez, 1986, 56). Es cierto que, como ya se ha indicado, el hombre masa rebelde es producto de otro siglo, el XIX: “La civilización del siglo XIX –afirma Ortega– ha producido automáticamente el hombre masa” (Ortega, O.C IV, 441).

5.3 El advenimiento histórico de las multitudes o masas.

Ortega aborda, en primer lugar, el análisis del fenómeno histórico de la masificación desde una perspectiva puramente cuantitativa, preguntándose: “¿De dónde han venido todas estas muchedumbres que ahora llenan y rebosan todo el escenario histórico?” (Ortega, O.C IV, 402). Se trata de toda una cuestión enormemente compleja y problemática que ha suscitado la atención, no sólo de Ortega, sino también de muchos otros estudiosos.

Son muchos los autores que se han ocupado de esta problemática histórica. Los principales estudiosos de este nuevo síntoma de una sociedad éticamente deficitaria, que yace en el seno de la civilización occidental a partir del siglo XIX, son, entre otros; Hegel, Comte, Nietzsche, Le Bon, Tarde, Freud, Taine, Tocqueville, Stuart Mill, Kornhauser o Karl Mannheim. Hegel, Nietzsche y Comte ya profetizaron el fenómeno de la rebelión de las masas. De ello da buena prueba Ortega en el siguiente párrafo de *Rebelión*:

“El hombre que ahora intenta ponerse al frente de la existencia europea es muy distinto del que dirigió al siglo XIX, pero fue producido y preparado por el siglo XIX. Cualquiera mente perspicaz de 1820, de 1850, de 1880, pudo, por un sencillo razonamiento a priori, prever la gravedad de la situación histórica actual (...). Nada nuevo acontece que no haya sido previsto cien años hace. ¡Las masas avanzan!, decía, apocalíptico, Hegel. Sin un nuevo poder espiritual, nuestra época, que es una época revolucionaria, producirá una catástrofe, anunciaba Auguste Comte. ¡Veo subir la pleamar del nihilismo!, gritaba desde un risco de la Engadina el mostachudo Nietzsche. Es falso decir que la historia no es previsible. Innumerables veces ha sido profetizada” (Ortega, O.C IV, 405).

Entre ellos ocupa un lugar destacado José Ortega y Gasset. Todos estos autores colocan a las masas en el corazón de una visión global de la historia del siglo XX y anuncian una época de crisis en cadena. Continuando las cosas como hasta aquí, cada

día –afirma Ortega en 1930– se notará más en toda Europa –y por reflejo en todo el mundo– “que las masas son incapaces de dejarse dirigir en ningún orden. En las horas difíciles que llegan para nuestro continente es posible que, súbitamente angustiadas, tengan un momento de buena voluntad de aceptar, en ciertas materias especialmente premiosas, la dirección de minorías superiores” (Ortega, O.C IV, 414). Pero no es menos cierto que:

“la textura radical de su alma está hecha de hermetismo e indocilidad (...). Es ilusorio pensar que el hombre medio vigente, por mucho que haya ascendido su nivel en comparación con el de otros tiempos, va a poder regir, por sí mismo, el proceso de la civilización (...). El simple proceso de mantener la civilización actual es superlativamente complejo (...), mal puede gobernarlo este hombre medio que ha aprendido a usar muchos aparatos de la civilización pero que se caracteriza por ignorar de raíz los principios mismos de la civilización” (Ortega, O.C IV, 414).

Ortega comparte con estos autores la preocupación por el lanzamiento de nuevas masas humanas sobre la órbita de la historia y diagnóstica que corresponde “al siglo pasado la gloria y la responsabilidad de haber soltado sobre el haz de la historia las grandes muchedumbres” (Ortega, O.C IV, 403).

A finales del siglo XIX las multitudes se multiplican. Sus actos imprevistos comienzan a alarmar a las autoridades. Es entonces cuando se empieza a hablar sobre todo de multitudes criminales que amenazan la estabilidad o jerarquía del orden social. Se muestra cierta inquietud ante una época histórica donde las masas no se rigen ni por principios ni por instancias o normas culturales de ningún tipo. Podríamos destacar la impotencia que muestra Ortega en alguna que otra ocasión ante los nuevos descendientes sociales e históricos: las masas. Su rebelión es también un hecho histórico. La anomalía histórica consiste, sobre todo, en la rebelión de las masas y no en la existencia de las mismas. A Ortega le preocupa, sin duda alguna, este sorprendente acontecimiento histórico multitudinario:

“hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia, y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que, a pueblos, naciones, culturas cabe padecer. Esta ha sobrevenido más de una vez en la historia. Su fisonomía y sus consecuencias son conocidas. También se conoce su nombre. Se llama la rebelión de las masas” (Ortega, O.C IV, 375).

Este fenómeno de las masas es analizado por Ortega como hecho histórico desde un punto de vista demográfico. El aumento demográfico ocurrido entre 1800 y 1914 llama su atención, pues contribuyó al nacimiento del hombre de las muchedumbres (masa u hombre masa en sentido numérico). La población aumentó vertiginosamente y se concentró en las grandes urbes (Ortega, O.C IV, 396). Las tesis de Werner Sombart sobre este hecho histórico son recogidas por Ortega. Werner Sombart ha demostrado –afirma Ortega– “que los grandes hacinamientos de población, característicos de los últimos tres siglos, se han formado al compás de la riqueza suntuaria. Lo que ha juntado las enormes masas ciudadanas de nuestras urbes ha sido el lujo de unos cuantos de los capitalistas. París, Londres, Berlín, Madrid, están habitadas por consumidores en torno a los cuales se agrupan todos los intermediarios del consumo. La ciudad moderna no produce, consume” (Ortega, O.C II, 453). Aquél alude al espectacular aumento demográfico y urbanístico ocurrido en Europa en el siglo XIX y principios del siglo XX. De 1800 a 1914, es decir, en poco más de un siglo, la población europea asciende de 180 millones a 460 millones de habitantes que inundan toda el área histórico-física de Europa. Estos grandes contingentes poblacionales se concentran en determinados puntos del continente europeo y especialmente en las grandes urbes. Las fronteras de los grandes pueblos rebosan de habitantes. El espacio vital –podríamos decir moral– no deja holgura para que millones y millones de hombres vivan cada cual para sí:

“Esto supone una esfera de acción libre donde la trayectoria individual (...) pueda desarrollarse. Pero el caso es que cada individuo tiene que existir apretado contra su prójimo. (El ejemplo más visible, aunque el más tosco, es la dificultad de circulación en las calles de las grandes urbes) (...). Las sociedades actuales son por sí mismas de constitución colectivista y abandonadas a su espontaneidad concluirán ahogando la vida personal y transformándose en termiteras humanas” (Ortega, O.C V, 346).

A este desbordamiento humano o demográfico ha contribuido en buena medida el enorme crecimiento material que la vida ha experimentado a lo largo de la historia y, sobre todo, en el siglo XIX. Un crecimiento que obedece a la importancia de la industrialización y sobre todo de los progresos en la esfera científico-técnica:

“cualesquiera sean las causas de tan prodigioso fenómeno –el hecho de que hoy puedan vivir bien tres veces y media más de hombres en el mismo espacio en que antes malvivían tres veces y media menos–, la causa inmediata y el supuesto menos eludible es la perfección de la técnica. Si esta retrocediese súbitamente, cientos de millones de hombres dejarían de existir” (Ortega, O.C V, 597).

5.4 Disección de los conceptos de masa y minoría selecta en sus diferentes dimensiones.

No es el aumento puramente cuantitativo de la población que revela el hecho de las aglomeraciones, lo que le interesa a Ortega, sino la extensión del imperio del *hombre masa* que ha arrinconado a las minorías selectas que hasta ahora habían dirigido el curso de la historia. Pues bien, el eje en torno al cual gira la meditación orteguiana en *La rebelión de las masas* lo constituye la disección del hombre masa y su actuación en forma de rebeldía (Mermall, 1999, 54). La mayor aportación de Ortega en *La Rebelión de las masas* es el haber perfilado un tipo de hombre nuevo, producto de la increíble aceleración del progreso material y de la difusión de derechos políticos amparados por

la nueva legislación democrática del siglo XIX. Como afirma Ovejero Bernal, Ortega ha realizado un análisis realmente psicosociológico, considerando al hombre masa como un tipo de personalidad mediocre o autocomplaciente producida históricamente a lo largo del siglo XIX (Ovejero Bernal, 2001, 451). Este hombre no es necesariamente ni el tradicional representante del vulgo, ni exclusivamente el burgués decimonónico; nuestro autor sitúa al hombre burgués especialista en un campo científico o técnico como prototipo de *hombre masa rebelde*. Éste es indiscutiblemente el principal protagonista de *La rebelión de las masas* y su presencia es manifiesta en la sociedad actual. Se trata de una deficiente variedad humana. La persona que no admite instancias superiores o si las admite no se somete a ellas y se complace tanto en su derecho a la mediocridad como en la imposición del mismo al resto de la sociedad. La imposición de sus gustos o preferencias en todos los niveles de la cultura pone en peligro tanto al individuo y sus inviolables derechos como las jerarquías espirituales (Mermall, 1999, 66).

Ortega confiesa que, violentándose a sí mismo, en su obra *La rebelión de las masas*, ha procedido a aislar un único factor del problema que le plantea su inmediato porvenir al hombre europeo, a saber: “la caracterización del hombre medio que hoy va adueñándose de todo” (Ortega, O.C IV, 372). En su *Prólogo para franceses*, el autor da cuenta del método a seguir en su análisis del hombre masa: “como en estas páginas se hace la anatomía del hombre hoy dominante, procedo partiendo de su aspecto externo, por decirlo así, de su piel, y luego penetro un poco más en dirección hacia sus vísceras” (Ortega, O.C IV, 372).

5.4.1 Disección de los conceptos de “masa” y “minoría selecta” desde una perspectiva histórica.

El tipo medio del actual hombre europeo produce la impresión de ser un hombre primitivo surgido inesperadamente en medio de una viejísima civilización. La causa de esta impresión se encuentra en la quiebra de la unidad dinámica generacional entre *masa* y *minoría selecta*. El concepto más digno de atención en la ideología histórica es, para Ortega, el de generación (Ortega, O.C V, 30 y ss.). La generación se

compone de dos elementos, a saber: la minoría, formada por los hombres profundos con raíces en el subsuelo de la vida, y la masa, formada por los hombres superficiales. Mientras que la masa de una generación no se entiende con la masa de otra generación; las auténticas minorías de ambas se entienden porque se comunican por el subsuelo, por la vida en profundidad. Ciertos hombres de la generación anterior han anticipado el modo de ser hombres que va a ser característico de la generación posterior. Y viceversa, ciertos individuos de las nuevas generaciones se advierten como preformados en algunos individuos de las antecedentes. Son las efectivas minorías de una y otra. Precisamente el entender a la generación que viene y el ser entendido de ella es el criterio más firme para reconocer quiénes son los que verdaderamente constituyen la minoría de la generación que pronto se va a ir. Toda nueva generación lleva en sí el germen de un nuevo modo general de ser hombre. Por ello sostiene Ortega que toda generación es en algún sentido *supergenial*, porque es un hombre nuevo, o más exactamente, algo nuevo en el hombre. La generación es como un cuerpo social íntegro con una determinada sensibilidad vital y al que da vida una minoría selecta compuesta de hombres egregios y una masa o muchedumbre vulgar. *Masa y minoría selecta* han sido lanzadas sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada:

“La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia, y, por decirlo así, el gozne sobre que ésta ejecuta sus movimientos. Una generación es una variedad humana, en el sentido riguroso que dan a este término los naturalistas. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos, que les prestan una fisonomía común, diferenciándolos de la generación anterior (...). Unos y otros son hombres de su tiempo, y por mucho que se diferencien, se parecen más todavía (...). Más importante que los antagonismos del pro y el anti, dentro del ámbito de una generación, es la distancia permanente entre los individuos selectos y los vulgares” (Ortega, O.C III, 563).

La altitud vital de una generación, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada, depende de cómo sean las relaciones entre las aristocracias y las

masas, pues de una generación participan tanto los elementos más valiosos como los más vulgares.

En nuestra época las masas se han vuelto intolerantes y las minorías han desertado de su función rectora, es decir, ni las minorías ni las masas han cumplido con su deber histórico generacional. Los individuos superiores, corazones de vanguardia, asisten estupefactos al imperio imperturbable de las masas. De ahí procede en muchos casos, su obligada retirada del paisaje social. Viven condenados a no ser bien entendidos, es decir, en una situación de peligro entre el nuevo territorio que han de conquistar “y el vulgo retardatario que hostiliza a su espalda” (Ortega, O.C III, 563).

La misión histórica de las minorías selectas es transmitir a las masas su sensación radical ante la común existencia. Pero para ello las masas han de ser dóciles al ejemplo de exquisita sensibilidad vital. Cuando la variación de la sensibilidad se produce sólo en algún individuo, no tiene trascendencia histórica. El proceso sustantivo de la historia no es obra de las muchedumbres difusas, ni los agentes históricos son exclusivamente los individuos. Ni la interpretación colectivista de la historia ni la individualista son válidas. La historia ha mostrado cuál ha sido en cada momento el nivel en que se encontraban las relaciones de la masa con la minoría. Vida histórica es convivencia (concordia), comunidad básica o diálogo entre los individuos superiores de rica vida personal llena de iniciativa y la masa indocta o vulgar.

La vida de la individualidad egregia consiste en una actuación omnímoda sobre la masa. No cabe, afirma Ortega, separar los héroes de las masas, porque ambos elementos son esenciales al proceso histórico: “Un individuo absolutamente heterogéneo a la masa no produciría sobre ésta efecto alguno; su obra resbalaría sobre el cuerpo social de la época sin suscitar en él la menor reacción; por tanto, sin insertarse en el proceso general histórico” (Ortega, O.C III, 563). La incapacidad de los individuos egregios para influir en la masa es la causa de la enfermedad constitutiva que padece el proceso general histórico, pues de los destinos del mismo se ha apoderado el nuevo hombre masa rebelde:

“La historia europea parece, por vez primera, entregada a la decisión del hombre vulgar como tal (...). El hombre vulgar ha resuelto gobernar el mundo (...), adelantarse al primer plano social (...) automáticamente, apenas llegó a madurar el nuevo tipo de hombre que él representa” (Ortega, O.C IV, 434).

El hombre masa es un tipo humano de condición primitiva que cree que la civilización occidental en que ha nacido ha surgido por sí sola y es tan espontánea o primigenia como la naturaleza: “La civilización se le antoja selva” (Ortega, O.C IV, 429). Sólo le interesa el beneficio que le reportan los productos técnicos o político-jurídicos de la vieja civilización, pero no le interesan los problemas que ineludiblemente ésta le plantea:

“La civilización, cuanto más avanza, se hace más compleja y más difícil. Los problemas que hoy plantea son archiintrincados. Cada vez es menor el número de personas cuya mente está a la altura de esos problemas (...). No es que falten medios para la solución. Faltan cabezas. Más exactamente: hay algunas cabezas, muy pocas; pero el cuerpo vulgar de la Europa central no quiere ponérselas sobre los hombros. Este desequilibrio entre la sutileza complicada de los problemas y la de las mentes será cada vez mayor si no se pone remedio y constituye la más elemental tragedia de la civilización” (Ortega, O.C. IV, 429).

La civilización occidental ha alcanzado un nivel histórico de considerable complejidad y los problemas son cada vez más arduos. Sólo el estudio de la historia nos permitirá resolver los problemas que actualmente presenta la civilización occidental. El saber histórico se convierte en una técnica de primera magnitud u orden para conservar nuestra civilización, en la medida en que la historia es un factor de inteligibilidad, de comprensión y explicación de la realidad. Nos sirve para no cometer los ingenuos errores de otros tiempos:

“Pero si usted (...) ha perdido la memoria del pasado, no aprovecha usted su experiencia, entonces todo son desventajas. Pues yo creo que esta es la situación de Europa. Las gentes más cultas de hoy padecen una ignorancia histórica increíble. Yo sostengo que hoy sabe el europeo dirigente mucha menos historia que el hombre del siglo XVIII y aun del siglo XVII. Aquel saber histórico de las minorías gobernantes (...) hizo posible el avance prodigioso del siglo XIX. Su política está pensada por el siglo XVIII, precisamente para evitar los errores de todas las políticas antiguas, está ideada en vista de esos errores. Pero ya el siglo XIX comenzó a perder cultura histórica, a pesar de que en su trascurso los especialistas la hicieron avanzar muchísimo como ciencia. A este abandono se deben en buena parte sus peculiares errores que hoy gravitan sobre nosotros” (Ortega, O.C IV, 430).

El desdén de las masas hacia el saber histórico es un hecho indudable en la Europa de entreguerras. La falta mayor de nuestro tiempo es la ignorancia de la historia. Nunca, desde el siglo XVI, el hombre medio,

“ha sabido menos del pasado. Ahora bien, adjunta a sus desventajas, la superioridad de una civilización vieja es la experiencia histórica acumulada que le permitiría evitar las fatales e ingenuas caídas de otros tiempos y de otros pueblos. Conforme un ciclo histórico avanza, los problemas de convivencia humana son más complejos y delicados: sólo una refinada conciencia histórica permite solventarlos. Pero si se encuentra con problemas muy difíciles y su mente, por haber perdido la memoria, vuelve a la niñez, no hay verosimilitud de buen éxito. Los errores inmortales de otras épocas volverán indefectiblemente a cometerse. Esto acontece hoy en Europa y, por reflejo, en todo el mundo” (Ortega, O.C II, 738).

El abandono de la conciencia histórica es una de las principales causas de la situación de caos actual. Una situación que se remonta al último tercio del siglo XIX, que es cuando comienza acontecer la involución o el retroceso a la barbarie, a la ingenuidad o al primitivismo de quien no atiende u olvida su pasado.

Los hombres masa rebeldes se muestran favorables y, en muchos casos, lideran movimientos políticos, con enorme importancia en la historia de Europa, que no quieren dar razones ni tener razón. Ni el comunismo ni el fascismo significan –afirma Ortega– “fe alguna en formas políticas. Son todo lo contrario (...), comunismo y fascismo no son fe en lo que propugnaban, sino simplemente *decisiones* (...). Comunismo y fascismo son formas de la desesperación, son puras decisiones. Ambos, en efecto, surgen en 1917 (...). Cuando veo que hoy un joven se decide a hacerse comunista o fascista, me parece como si decidiera extemporizarse, hacerse anacrónico y renunciar precisamente a su propia misión vital” (Ortega, IV O.C, 658). He aquí lo nuevo: “el derecho a no tener razón, la razón de la sinrazón. Yo veo en ello el modo más palpable del nuevo modo de ser las masas, por haberse resuelto a dirigir la sociedad sin capacidad para ello” (Ortega, O.C IV, 418). El buen liberal demócrata fue forjado en un siglo sin libertad ni democracia, y “un siglo que gozó de ambas cosas ha producido un hombre antiliberal y antidemócrata” (Ortega, O.C II, 810). Este último se dedica a imponer de forma tiránica o activista su señera voluntad. El alma del hombre masa se encuentra, como diría Platón, “arrastrada sin cesar por la pasión en forma violenta, estará llena de turbación y remordimiento” (Platón, 1986, 431).

5.4.2 Disección de los conceptos de “masa” y “minoría selecta” desde una perspectiva psicológica.

La dimensión fundamental que presentan los conceptos *masa* y *minoría selecta* en el pensamiento orteguiano es, sin duda, la dimensión psicológica (Ortega, O.C IV, 399). Lo que Ortega achaca a la modernidad es tanto su desdén hacia el pasado como su exceso de confianza hacia el futuro. De ahí proceden buena parte de los males que actualmente estamos viviendo. Ortega se opuso a la desorbitada creencia del *hombre medio* o *masa* en un tipo de razón *raciocinante* o progresista que de forma desmedida vertebró la edad moderna. Esta forma de racionalidad anunciaba que el futuro o el mañana iba a ser en todo lo esencial igual al hoy. El progresismo utópico racionalista ha

hecho creer al hombre europeo que su vida es más vida que todas las antiguas. Una situación que ha conducido al *hombre masa* contemporáneo a perder todo respeto o atención hacia el pasado, al parecerle todo pretérito afectado de enanismo:

“una época que hace tabla rasa con todo clasicismo, que no reconoce en nada pretérito posible modelo o norma (...). Esta grave disociación del pretérito y presente es el hecho general de nuestra época y en ella va incluida la sospecha (...) que engendra el azoramiento peculiar de la vida en estos años (...). Los modelos, las normas, las pautas, no nos sirven” (Ortega, O.C IV, 392).

Esto genera una grave situación de desasosiego, duda e incertidumbre. Así lo prueba el hecho de que Ortega sostenga que la masa puede definirse “como hecho psicológico, sin necesidad de esperar a que aparezcan los individuos en aglomeración. Delante de una sola persona podemos saber si es masa o no. Masa es todo aquel que no se valora a sí mismo –en bien o en mal– por razones especiales, sino que se siente como todo el mundo y, sin embargo, no se angustia, se siente a sabor al sentirse idéntico a los demás” (Ortega, O.C IV, 378). María Teresa López de la Vieja afirma que la interpretación aristocrática de Ortega se mantiene dentro de un vocabulario más psicológico y antropológico que político. En este sentido aquél distinguía perfectamente dos clases de individuos, según su calidad, individuos que se exigen mucho e individuos con escasas exigencias. El exceso de democracia tiene que ver con la soberanía ejercida por personas no cualificadas y poco exigentes consigo mismas (López de la Vieja, 2000, 140).

Las minorías selectas se definen psicológicamente porque se componen de individuos excelentes que se exigen y obligan más que los demás y no se creen de manera petulante superiores a nadie. Los individuos que integran la minoría son superiores en el sentido de que intentan cumplir, aunque no lo logren, con exigencias o instancias de gran calibre. La división más radical que cabe hacer de la humanidad, desde una vertiente psicológica, es en dos clases de criaturas o de hombres: las que se exigen mucho y acumulan sobre sí mismas dificultades y deberes y las que no se exigen nada especial, sino que para ellas vivir es ser en cada instante lo que ya son, sin esfuerzo

de perfección sobre sí mismas, o como dice Ortega, “boyas que van a la deriva” (Ortega, O.C IV, 378). Lo decisivo es si ponemos nuestra vida a un máximo de exigencias o a un mínimo. La vida del hombre occidental, en su versión de hombre masa, obedece a un mínimo de exigencias, pero aun así este hombre pretende ejercer la soberanía en el mundo occidental. Su afán de liderazgo es advertido por Ortega.

La soberanía del individuo no cualificado o del individuo genérico o mostrenco, tan celebrada por los liberal-demócratas de condición progresista, poco a poco ha pasado de ser una idea o ideal jurídico a convertirse en un estado psicológico esencial o constitutivo del hombre medio actual. Este estado psicológico de sentirse amo o señor de sí e igual a cualquier otro individuo ha sido consecuencia de la perversión que han sufrido los grandes logros democráticos y jurídico-políticos que se consiguieron en el liberal siglo XIX. Los liberal-demócratas progresistas del siglo XIX le hicieron creer al hombre masa que las nuevas condiciones legislativas o políticodemocráticas le legitiman para imponer su voluntad en todo lugar y no reconocer como superior a nadie.

El hombre masa es un tipo humano que, esté donde esté, en familia, aislado, trabajando o descansando, es *masa* porque está constituido espiritual y psicológicamente, como *hombre masa* (Lasaga, 2004, 129). Los psicólogos de las multitudes así lo han reconocido. Éstos consideran que la *masa* deviene una categoría de pensamiento, un objeto de ciencia y un aspecto fundamental de la sociedad. Ortega coincidiría con ellos en muchas de sus ideas, pero sobre todo compartiría con estos reconocidos teóricos (Le Bon, Tarde o Freud). Gustave Le Bon afirma que diversas causas determinan la aparición de las especiales características de las masas. La primera de ellas es que el individuo integrado en la masa adquiere, por el mero hecho del número, un sentimiento de potencia invencible que le permite

“ceder a instintos que, por sí solo, había frenado forzosamente. Y cederá con mayor facilidad, puesto que al ser la masa anónima y, en consecuencia, irresponsable desaparece por completo el sentimiento de responsabilidad, que retiene siempre a los individuos (...). En una masa, todo sentimiento, todo acto es contagioso, hasta el punto de que el individuo sacrifica muy fácilmente su interés personal al colectivo. Se trata

de una actitud contraria a su naturaleza y que el hombre tan sólo es capaz de asumir cuando forma parte de la masa (...). Por el mero hecho de formar parte de una masa, el hombre desciende varios peldaños en la escala de la civilización. Aislado era quizá un individuo cultivado, en la masa es un instintivo y, en consecuencia, un bárbaro. Tiene la espontaneidad, la violencia, la ferocidad y también los entusiasmos de los seres primitivos a los que se aproxima (...), intelectualmente la masa es siempre inferior al individuo aislado” (Le Bon, 1983, 31 s).

Las características especiales de la masa, a nivel psicológico, son la impulsividad, la irritabilidad, la incapacidad de razonar y la ausencia de juicio o de espíritu crítico. La masa está conducida casi exclusivamente por el inconsciente y por aspectos irracionales. La irracionalidad de las masas hispánicas llama la atención de Ortega. La masa sólo es impulsiva y móvil. Al igual que el salvaje, no admite obstáculos entre su deseo y la realización de éste. El número le proporciona un sentimiento de poder irresistible. La masa es tan autoritaria como intolerante. El individuo puede aceptar la contradicción y la discusión, mientras que la masa no las soporta jamás. El autoritarismo y la intolerancia son generales en todas las categorías de masas (Le Bon, 1983, 35). Son características que Ortega indudablemente comparte. Con Le Bon, Ortega también coincide en que a las masas se las guía con modelos. En cada época, afirma Le Bon, un reducido número de individualidades imponen su acción, que la masa inconsciente imita (Le Bon, 1983, 95). Pero en Ortega la función de la masa es seguir y no imitar a la minoría egregia. Ésta representa cualidades superiores.

Muchos autores que se han ocupado de este novísimo fenómeno de las masas desde una perspectiva psicológica, entre ellos Ortega, han llegado a la conclusión de que la soberanía del individuo consciente o racional se derrumba al sumergirse en la masa. En su lugar aparece la arroyadora y preocupante personalidad colectiva, irracional e inconsciente que invade lo público y lo privado. Cuando hoy tenemos la impresión de que la psicosis de masas rige al mundo en momentos decisivos, no se debe a que antes hubiera en el mundo menos despropósito e irracionalidad, sino a que éstas se desenvolvían en el terreno de lo privado. Hoy penetran en lo público. El hombre masa, afirma Karl Mannheim:

“está mucho más fácilmente expuesto a sugerencias, explosiones de impulso no dominados y regresiones psíquicas que el hombre aislado o inserto orgánicamente en pequeñas asociaciones y sostenido en ellas. Así, la moderna Sociedad tiende por su mecanismo a potenciar los modos de conducta más contradictorios en la vida de la Sociedad, así como también en la vida del individuo, crea todos los irracionalismos y erupciones que son característicos de la aglomeración (...), trae a la superficie las mayores integraciones de emociones impulsivas y sugerencias, da un carácter de masa al impulso, del que puede temerse a cada momento que destruya todo el aparato tan refinado” (Mannheim, 1958, 29).

Algunas de las características del nuevo *hombre masa* rebelde orteguiano son de considerable relevancia en los estudios de psicología social de las masas. El hombre masa es, desde una perspectiva psicológica, el individuo que ha degenerado en las filas de la masa o de lo mostrenco común o anónimo. Es un tipo humano dependiente de los demás, preso del conformismo que caracteriza a las sociedades contemporáneas. Actúa como un autómatas desprovisto de voluntad propia y bajo la influencia de fuerzas inconscientes. Desciende así varios grados en la escala de la civilización. La *masa* u hombre masa rebelde, tanto en sentido cuantitativo como cualitativo, es irritable, inconsciente, irracional y víctima de sus impulsos e inclinaciones naturales y neuróticas. El hombre masa es fácilmente sugestionable. La sugestión es una de las características más importantes de la psicología de las masas. La sugestión, la hipnosis (los estados colectivos son análogos a los estados hipnóticos), el contagio colectivo y el conformismo, transforman muy fácilmente a los individuos en masas. En su seno todos piensan, sienten o “razonan” de una forma muy similar. Las principales características de la conversión del individuo en masa humana, desde una vertiente psicológica, son, por tanto, las siguientes: desaparición de la personalidad consciente, orientación de los pensamientos o de los sentimientos en la misma dirección por la sugestión y el contagio, tendencia a realizar las ideas sugeridas que vivifican el inconsciente colectivo. Los individuos que han degenerado en masa experimentan una regresión psíquica, moral, efectiva e intelectual. La represión de las tendencias inconscientes disminuye y las

inhibiciones morales desaparecen. La masa es crédula y carece de espíritu crítico. Es dogmática y no experimenta ni la duda ni la incertidumbre. De ahí su actitud intolerante y su confianza ciega en la autoridad.

La estructura psicológica del nuevo *hombre masa* o *vulgo* rebelde que domina toda la vida pública de Occidente, es, en opinión de Ortega, la siguiente: tiene una impresión nativa y radical de que la vida es fácil, sobrada, sin limitaciones trágicas. El hombre medio encuentra en sí una sensación de dominio o triunfo que le invita a afirmarse a sí mismo tal cual es, y a dar por bueno o completo su haber moral e intelectual. Este contentamiento consigo le lleva a cerrarse para toda instancia exterior, a no escuchar, a no poner en tela de juicio sus opiniones y a no contar con los demás. Su sensación íntima de dominio le incita constantemente a ejercer un serio predominio y tiranía. El hombre masa actúa como si sólo él y sus congéneres existieran en el mundo. El nuevo bárbaro vertical intervendrá en todo imponiendo su vulgar opinión, sin miramientos, contemplaciones, trámites ni reservas, haciendo uso, si es necesario, de la acción violenta, es decir, sin recurrir a instancias intermedias. Este repertorio de facciones, “nos hizo pensar en ciertos modos deficientes de ser hombre, como el *niño mimado* y el primitivo rebelde; es decir, el bárbaro. (El primitivo normal, por el contrario, es el hombre más dócil a instancias superiores que ha existido nunca – religión, tabús, tradición social, costumbres)” (Ortega, O.C IV, 434).

El nuevo bárbaro que ha irrumpido en la historia de Occidente se comporta como un *niño mimado* o consentido. En la sociedad de consumo del siglo XXI, el *niño mimado*, que anida sobre todo en las clases media y superior, sigue deambulando a sus anchas. Bien es verdad que el mundo que habita no le invita en muchos casos a reconocer ciertos límites, aunque sí en otros. Sin embargo, el hombre masa, en su versión de *señorito satisfecho* o *niño mimado*, considera –afirma Ortega en 1930– que el mundo

“no le presenta veto ni contención alguna, sino que, al contrario, hostiga sus apetitos que, en principio, pueden crecer indefinidamente (...), ese mundo del siglo XIX y comienzos del XX, no sólo tiene las perfecciones y amplitudes que de hecho posee, sino que además sugiere a sus habitantes una seguridad

radical en que mañana será aún más rico, más perfecto y más amplio, como si gozase de un espontáneo e inagotable crecimiento (...), el hombre vulgar, al encontrarse con ese mundo técnico y socialmente perfecto, cree que lo ha producido la naturaleza y no piensa nunca en los esfuerzos geniales de individuos excelentes que supone su creación” (Ortega, O.C IV, 407).

Abomina del esfuerzo y del sacrificio. Se identifica con el *señorito satisfecho*. De ahí, que sea preciso dar “la voz de alarma y anunciar que la vida se halla amenazada de degeneración (...), de relativa muerte” (Ortega, O.C IV, 437).

En la vida pública o social irrumpe el personaje de vida familiar que en su casa acostumbraba a hacer lo que le daba la gana. El exceso de comodidades sin límite de la casa *bien* (que ejemplifica la civilización europea) engendró al *niño mimado* o caprichoso. En el ámbito familiar todo, hasta los mayores delitos, pueden quedar a la postre impunes; porque la familia tolera muchos actos que la sociedad no admite. El drama del señorito es que cree poder comportarse fuera de casa como en casa y que, por tanto, puede hacer lo que le dé la gana (Ortega, O.C IV, 437). El *señorito satisfecho* es ese mismo que antes aguantaban en su casa, en su pueblo, y que ahora tienen que aguantar en toda Europa (López, 1985, 144).

El comportamiento que muestra el *hijo de familia* se caracteriza porque se regocija en la inseriedad o en la broma con tal de evitar, preso del envilecimiento o el encanallamiento, el careo con *ese que tiene que ser*. Nos encontramos en una época en que predominan, impunemente, las *masas mimadas*. Éstas disfrutan de ciertos placeres de la vida con el mínimo esfuerzo e invirtiendo lo menos posible. El *niño mimado* es el heredero que se comporta exclusivamente como heredero de una serie de comodidades, seguridades y ventajas civilizatorias. Esta holgura vital de la que disfruta el caprichoso hombre medio o masa le hace perder el contacto con la condición de riesgo, peligro e incertidumbre que definen la esencia de la vida. un niño que ha vivido en un mundo lleno de facilidades o demasiado bien organizado, sin resistencias o peligros que amenacen su tendencia desmesurada al capricho. Un niño situado en una zona tropical protegida de continuo por la madre. Ésta construye en su derredor un mundo ficticio donde todo son ventajas. El niño termina por creerse con todos los derechos, pero sobre

todo con el derecho a oprimir a los que lo tratan. Desarrolla una actitud parasitaria, ávida, avara, egoísta, que no le invita a escuchar a nadie superior a él, ni a tomar contacto con el fondo inexorable de su destino. No está orientado hacia la colaboración social, sino a formas anormales, patológicas de existencia (Adler, 1935, 121).

Al describir al hombre masa, Ortega reproduce algunos de los más significativos rasgos del niño mimado. El hombre masa es un ser a quien se ha permitido el más absoluto desfogue de sus deseos vitales, y cree no deber nada de eso que posee a nadie. hombre masa es un ser acomodado y materialista que se autocomplace en su hedonismo. Sólo piensa en la satisfacción de sus propios deseos instintivos o más bajas pasiones,

“esto nos lleva a apuntar en el diagrama psicológico del hombre-masa actual dos primeros rasgos. La libre expansión de sus deseos vitales, por tanto, de su persona, y la radical ingratitud hacia cuanto ha hecho posible la facilidad de su existencia. Uno y otro rasgo componen la conocida psicología del niño mimado. Y, en efecto, no erraría quien utilice ésta como una cuadrícula para mirar a su través el alma de las masas actuales (...). El nuevo vulgo ha sido mimado por el mundo en torno (...), todo le está permitido y nada le está obligado” (Ortega, O.C IV, 408).

Es un tipo humano dominado por una radical ingratitud. La madre, que todo lo concede y que fabrica ese ficticio derecho a todo, ha sido sustituida en el análisis orteguiano por la más amplia urdimbre humanizadora de la civilización (Mannheim, 1944, 49). Ésta ha situado a los hombres en un nuevo nivel vital rebosante de magníficas posibilidades de existencia. Pero un mundo sobrado de posibilidades produce automáticamente graves deformaciones y viciosos tipos de existencia humana, como es el caso del mimado *hombre masa* de nuestro tiempo. Éste también presenta estas otras características:

“la propensión a hacer ocupación central de la vida los juegos y los deportes; el cultivo de su cuerpo (...), falta de romanticismo en la relación con la mujer; divertirse con el intelectual, pero, en el fondo, no estimarlo (...), preferir la vida bajo la autoridad absoluta a un régimen de discusión” (Ortega, O.C IV, O.C, 436).

El hombre masa reemplaza la imagen individualizada de sí mismo por una indiferenciada; a la pregunta eterna de ¿Quién soy?, responde con la fórmula: “soy como todos los demás” (Kornhauser, 1959, 106).

6. SÍNTESIS DEL ANÁLISIS DE LA ANATOMÍA DEL HOMBRE MASA EN COMPARACIÓN CON EL HOMBRE SELECTO EXPUESTA EN LA *REBELIÓN DE LAS MASAS*.

El estudio de *La rebelión de las masas* nos ha permitido aquilatar el verdadero sentido del aristocratismo de Ortega por medio de un minucioso análisis de las múltiples dimensiones reveladas por Ortega en los conceptos de *masa* y *minoría selecta*, gracias al fino instrumental fenomenológico proporcionado por la metafísica de la vida humana de Ortega. La dialéctica *masa-minoría selecta* actúa como hilo conductor del pensamiento filosófico orteguiano contenido en *La rebelión de las masas*.

La rebelión de las masas delata la importancia que presenta la trascendencia de la vida noble o excelente frente la inmanencia de la vida mediocre o vulgar en sus diferentes dimensiones. Dos clases de vida que se resuelven en dos modos o tipos humanos que se encuentran en todas las clases o grupos sociales. El individuo selecto o noble se distingue por las superiores exigencias que se hace a sí mismo, las cumpla o no. El hombre masa se complace en ser como los demás, sin esfuerzo de perfección sobre sí mismo. De ahí que vaya a la deriva. El noble idealismo frente al vulgar materialismo. El noble es un tipo humano que se esfuerza por la perfección espiritual y moral en todas las empresas que aborda. No se arredra ante la dificultad y altura del ideal. El noble reverencia lo superior u obedece a lo más elevado: altas metas que le

permiten superarse a sí mismo y de este modo lograr, o al menos acercarse, a la perfección, algo a que no aspira en modo alguno el hombre masa. Para Ortega es el hombre masa el que se cree autosuficiente o perfecto en su limitación. Un noble que crea en su propia perfección o que se basta a sí mismo es un falso ejemplar de nobleza, al menos en la filosofía de Ortega. El hombre masa “se siente perfecto”, muy al contrario que el hombre de selección, quien, para sentirse perfecto, necesita ser especialmente vanidoso y la creencia en su perfección “no está consustancialmente unida a él (...), sino que le llega de su vanidad y aun para él mismo tiene un carácter ficticio, imaginario y problemático. Por eso el vanidoso necesita de los demás, busca en ellos la confirmación de la idea que quiere tener de sí mismo. De suerte que ni aun en este caso morbosos, ni aun cegado por la vanidad, consigue el hombre noble sentirse de verdad completo” (Ortega, O.C IV, 415).

El noble de Ortega hace consistir su vida en dificultades y deberes normativos superiores que le opriman y a cuyo servicio libremente se pone. La nobleza presenta los siguientes rasgos: la autoexigencia y el esfuerzo constante; la esencial servidumbre a normas más allá de él, a cuyo servicio libremente se pone; la altura de la meta a la que proyecta su vida, aunque no logre completar su misión. En las minorías destaca también el predominio de lo cultural sobre lo natural, de la reflexión sobre la espontaneidad; la riqueza de la vida interior; amplias dosis de soledad y el esfuerzo frenético de crear cosas. El hombre masa rebelde se adhiere a una tabla de valores opuesta, a saber, la inercia o la vulgaridad (que impone); la más absoluta espontaneidad o la falta de reflexión. En el hombre masa rebelde predomina lo natural e instintivo o el primitivismo; la irracionalidad; la tendencia hacia lo orgiástico o el abandono; el resentimiento, sobre todo contra los mejores o individuos más sobresalientes en la medida en que lo son; la carencia de especial cualificación y proyecto (Sánchez, 2002, 105). Ortega hace un análisis descriptivo del carácter de ambos tipos humanos o clases de hombres empleando métodos fenomenológicos.

Ortega, sin embargo, anuncia que el *hombre masa actual*, que es el auténtico protagonista de *La rebelión de las masas*, aglutina dentro de sí dos formas contrapuestas, a saber, la *masa normal* (inercia del no-noble) y el *auténtico noble o esforzado* (potencial del noble):

“Para definir al hombre masa actual, que es tan masa como el de siempre, pero quiere suplantar a los excelentes, hay que contraponerlo a las dos formas puras que en él se mezclan: la masa normal y el auténtico noble o esforzado” (Ortega, O.C IV, 413).

Se trataría de educar al hombre masa con el fin de que se afanará imperiosamente por potenciar esa parte noble que en él radica. El noble aspira, por su parte, a la perfección mediante un decidido ejercicio de entrenamiento o *ascesis* como voluntad de ser superior. Este afán de superación de condición deportiva se resuelve en un constante esfuerzo de perfeccionamiento o deber de superación que afirma la vida.

7. CONCLUSIONES FINALES.

A continuación, se expondrán las conclusiones finales del análisis del aristocratismo del pensamiento de Ortega, haciendo un especial hincapié en los conceptos de *masa* y de *minoría selecta*.

En estas conclusiones también se prestará atención al debate que ha generado tanto el socialismo aristocrático de Ortega como las ideas de éste sobre la democracia y el democratismo global en el marco de su *elitismo*. Ortega, según lo expuesto, defiende una democracia de índole aristocrática, como asimismo consideran, por ejemplo, Julián Marías, Ignacio Sánchez Cámara, Thomas Mermall o Domingo Hernández Sánchez. Toda democracia se ha de conjugar con la existencia de una aristocracia espiritual o cultural que sirva de correctora ante cualquier desvarío democrático.

También se mostrará, en este punto, la importancia que presentan las auténticas minorías selectas intelectuales en un momento de crisis existencial como el que anuncia Ortega para el continente europeo en la primera mitad del pasado siglo XX. Una crisis que tiene su correlato en el fenómeno de la rebelión del hombre masa, actualmente vigente en la sociedad de masas actual. La solución que propone Ortega para superar este periodo de crisis vital no es otra que la asunción de la razón vital e histórica, pues esta es la única capaz de orientarnos en el caos de la vida. Esa asunción la entiende Ortega en términos de educación. Son las minorías rectoras las encargadas de educar a las masas en esa forma de racionalidad que encuentra en la historia y en la vida su principal justificación.

Una vez presentadas las ideas a desarrollar en estas conclusiones, hemos decidido estudiar el aristocratismo del pensamiento orteguiano con el fin de mostrar toda su complejidad y, en este sentido, dilucidar el auténtico significado de los conceptos de *masa* y *minoría selecta*, más si cabe, después de comprobar las controversias, que en los círculos orteguianos y en buena parte de la intelectualidad española y extranjera, ha generado y genera su aristocratismo, identificado en multitud de ocasiones con el elitismo político más radical y conservador. Algo que no deja de ser

un solemne disparate desde el punto de vista intelectual. En ningún caso el aristocratismo de Ortega es única o exclusivamente político, aunque bien es cierto que en algunas ocasiones puede llegar a manifestarse en este campo. En este trabajo hemos intentado mostrar la enorme amplitud y densidad que presentan los conceptos de *masa* y *minoría selecta*.

Una de las ideas nucleares del pensamiento de Ortega en toda su obra es aquella que gira en torno a la formación de una comunidad racional de seres libres y autónomos, conscientes, a su vez, de la importancia de actuar en un orden social concreto y, ante todo, ineludible. Esta nuclear idea del pensamiento filosófico de Ortega se une a aquella otra que gira en torno al afán de aquél por lograr que el hombre medio o masa común, en cuyas manos se encuentra el porvenir de todo pueblo o nación, viviera a la altura de los tiempos desde la razón vital como razón histórica. Solamente desde este tipo de razón puede el hombre medio o masa vivir a la altura de las ideas de cada tiempo o con conciencia de su misión en la historia, que no es otra que seguir a los mejores de cara a su propio perfeccionamiento. La tarea primordial de las auténticas minorías selectas, no es otra que la ejemplaridad y, sobre todo, educar a las masas de toda clase o grupo en el uso ponderado de aquel tipo de razón y, también, contribuir activamente a la formación espiritual y moral de las mismas. Podríamos decir que esta dialéctica entre las *élites* y las *masas*, en su versión de hombre medio, vertebró todo su pensamiento en sus múltiples dimensiones.

El binomio *masa-minoría selecta* nos permite conocer las claves y la riqueza del pensamiento filosófico de Ortega en sus diferentes formas, y sobre todo nos posibilita descubrir el auténtico significado y sentido de toda una serie de expresiones y términos de una indudable importancia en su pensamiento (*igualitarismo*, *politicismo*, *estatismo*, *democratismo* o *democracia morbosa*, *idealismo*, *vitalismo*, *racionalismo*, *culturalismo*, *raciovitalismo*, *historicismo*, etc.). El pensamiento de Ortega se desarrolla intelectualmente al compás de los acontecimientos que se suceden en la primera mitad del siglo XX y que marcan indudablemente su rica biografía.

La democracia es un deber de condición moral que reconoce, en términos kantianos, la necesaria autonomía de todo individuo, pero en un ineludible marco social. En la medida en que se logre esa sociedad laboriosa regulada por imperativos morales,

se podrá hablar de una auténtica democracia, al menos en la filosofía de Ortega. La idea de la pedagogía social vertebró la teoría política orteguiana en su totalidad. Esa misma idea reconoce la importancia de la educación de las masas en materia política y social. Buena parte del contenido de esa propuesta orteguiana de pedagogía social se concreta en una especie de educación para la ciudadanía entendida en términos de valores éticos liberal-democráticos, tan en boga hoy día en el discurso político.

Una de las cosas que Ortega anheló de forma fue la construcción de una sociedad *socialista*, dando a la palabra socialismo un sentido eminentemente moral, aunque en ciertos momentos de su obra madura o más consolidada también adquiere un significado político. Prueba de ello es que Ortega aboga por una mayor equidad y justicia sociales, y, sobre todo, por una cierta equiparación moral, intelectual y económica entre las distintas clases sociales, entre masas y minorías.

Para el joven Ortega, el Estado socialista es el único Estado moralmente admisible y sólo en él el individuo, forme parte de la masa o de la minoría selecta, adquiere plena realidad. El individuo aislado no es otra cosa que una mera abstracción. Así de contundente se muestra Ortega de la mano de Paul Natorp, aun cuando también recurre Ortega al maestro Aristóteles en estos asuntos, sin desmerecer en ningún caso la presencia de Hegel en los escritos de juventud de Ortega. Sólo existe el individuo socializado o miembro de una sociedad vertebrada estatalmente. Es indudable que Ortega se muestra en sus primeros años plenamente entregado al racionalismo neokantiano con afanes moral-universalistas que incrusta de lleno a su idea del aristocratismo. El socialismo ético de juventud se resuelve en un imperativo moral, pedagógico que se desmarca de todo dogmatismo religioso. La política se convierte en una labor educativa que ha de ser asumida por una aristocracia intelectual de condición política socialista, pero en ningún caso marxista. Desde sus primeros escritos, Ortega comienza a decantarse por las élites intelectuales y criticará todo atisbo de pseudointelectualidad.

Esa aristocracia de los mejores se compone de individualidades superiores, cuyo fin es la propagación cultural y la ilustración política de las masas en el marco de un *comunitarismo* que reconoce la importancia del principio del trabajo. El aristocratismo orteguiano de juventud se resume de la siguiente forma: Los conceptos

masa y minoría selecta ofrecen en esta primera época, imbuida de idealismo socialista y objetivista neokantiano, una dimensión culturalista y racionalista, formativa y pedagógica. Ortega ensalza el valor de la intelectualidad y de todos aquellos individuos que destacan en cada actividad social por su carácter reflexivo, culto y racional, aunque también por su temple clasicista o integrador. La misión social y ética de todos estos individuos de condición superior es contribuir a la educación formativa de las masas incultas, instintivas e irracionales en toda una serie de normas y leyes objetivas superiores. He intentado mostrar la indisoluble unión existente entre el socialismo moral, el racionalismo neokantismo, el platonismo, el clasicismo culturalista y el aristocratismo del pensamiento de juventud de Ortega.

Por otro lado, dejando atrás al joven Ortega, el análisis orteguiano de los conceptos de *masa y minoría selecta* en su periodo de madurez (1930-1955), se funda en su nueva metafísica de la vida humana personal como realidad radical, verdadero núcleo rector de este tercer periodo de su pensamiento. Un pensamiento político y filosófico que incorpora nuevos matices y elementos, aun cuando se mantiene la continuidad y coherencia de sus más logradas y ricas ideas. Destaca nuevamente su concepción de la política como obra de pedagogía social y la importancia de formar una gran comunidad de trabajo espiritual y cultural fundada en la moral del esfuerzo y del sacrificio. Una moral que encarnan las minorías selectas o auténtica nobleza de espíritu. Los principios de moral, nación y trabajo son sumamente importantes en este periodo de madurez. Una minoría cultural e intelectual ha de mostrar a las masas la importancia que presenta la construcción o ideación conjunta de un proyecto sugestivo de vida en común. En esto consiste el Estado-nación de que habla Ortega en estos momentos. El Estado nacional es un proyecto o programa de colaboración sumamente laborioso. Es la voluntad de hacer algo en común. Si el Estado es un proyecto tendente a la realización de una empresa común, quiere decirse que su realidad es puramente dinámica: un *hacer*, la comunidad en la actuación. El Estado nacional ha de ser una obra de imaginación absoluta en que se observe el perfil de un gran empresario. Se llama a las gentes para que juntas hagan algo. El Estado no es consanguinidad, ni unidad lingüística, ni unidad territorial, ni contigüidad de habitación. Es puro dinamismo, la voluntad de hacer algo en común (Ortega, O.C IV, 479 y ss.).

Ortega se opone al revolucionarismo racionalista e instrumental burgués, pues coloniza y arremete contra el mundo de la vida, de la vida humana personal como realidad radical, cuyos ingredientes son el yo que cada cual es y su circunstancia más personal e inmediata. Ortega se muestra disconforme con ese tipo de racionalidad científico-matemática (técnica) y progresista que, aun cuando ha configurado un mundo rebosante de posibilidades vitales, es incapaz de mitigar el profundo vacío interior que el hombre medio o masa padece. Un mundo que, preso de la idea de progreso, tampoco atiende a la inseguridad, el riesgo e incertidumbre que la vida muestra. El mundo actual se encuentra liderado por *masas* en rebeldía que, aunque se regocijan hasta la saciedad en el mar de posibilidades materiales que el nuevo mundo les ofrece, se encuentran interiormente vacías, espiritualmente desdichadas, en suma: éticamente debilitadas, al no saber hacia dónde, y sobre qué principios, orientar su vida. Las *masas* no saben sinceramente qué hacer, aun cuando sus posibilidades son enormes. La razón moderna, ilustrada y progresista ofrece al hombre todo lo material y técnicamente posible, pero ha sido incapaz de mitigar el profundo vacío interno del hombre medio contemporáneo, a pesar de que éste se sabe con un inmenso potencial económico. La moderna *barbarie* que emana de algunos usos que se hacen de la racionalidad tecnológica e instrumental moderna, genera desasosiego en el hombre y, sobre todo, adormece, instrumentaliza y tecnifica en sumo grado, las relaciones humanas que definen el mundo práctico de la vida (*Lebenswelt*) en su más absoluta y esencial cotidianeidad.

Toda la situación anteriormente descrita podemos traducirla como crisis de la modernidad o de un determinado modelo de razón. Esta crisis se resume en la quiebra del valor que poseía en el espíritu del hombre la cultura ilustrada, racionalista y científicista, al no satisfacer al hombre medio sobre algunas cuestiones últimas acerca de su propia vida y el mundo o circunstancia en que anida. La crisis de la razón idealista e instrumental moderna es una crisis de desorientación vital del hombre, especialmente del hombre masa, como ha visto muy bien Antonio Gutiérrez Pozo en *La aurora de la razón vital* (Gutiérrez, 2003, 95 y ss.).

Las conclusiones de este periodo maduro del pensamiento de Ortega se resumen de la siguiente forma: la principal aportación de Ortega en *La rebelión de las masas* es haber diseñado y perfilado el psicograma de una nueva clase de hombre que,

creyéndose soberano en todos los ámbitos sociales, se ha declarado en rebeldía contra la civilización de que se nutre y, sobre todo, contra sí mismo en su misión natural de seguir a los mejores en todos los ámbitos. En esta obra, Ortega ha dibujado a un cierto tipo de europeo, analizando sobre todo su comportamiento frente a la civilización misma en que ha nacido. Ese personaje representa “una negación que oculta un efectivo parasitismo. El hombre masa está aún viviendo precisamente de lo que niega y otros construyeron o acumularon” (Ortega, O.C IV, 498). La rebelión de las masas o del hombre masa rebelde es una auténtica anomalía histórica. Los individuos mejores asisten estupefactos a esta nueva situación histórica y sobre todo temen la pérdida de su posición privilegiada en la sociedad. El mando social se encuentra actualmente en manos de un representante de las masas. Estas no creen en sus hombres mejores, sino que les dan de lado y les suplantán. Esta es una de las principales advertencias de Ortega y su relevancia es manifiesta en la sociedad actual. Para nuestro autor, esos individuos superiores se metamorfosean en instancias o normas éticas también superiores que, en su caso, conducirían a las masas o al hombre masa hacia su propio perfeccionamiento y plenitud. Este nuevo tipo de hombre de condición rebelde lidera el fenómeno cuantitativo de las aglomeraciones y de las muchedumbres, y sobre todo ocupa un lugar importante en todas las clases o grupos sociales de la sociedad de masas contemporánea. Sin embargo, destaca por su indocilidad especialmente en las clases media y superior. Éstas le ofrecen un mayor número de medios materiales, técnicos e intelectuales que el hombre masa, *niño mimado* o *señorito satisfecho*, utiliza de forma ilegítima para imponer su voluntad, incluso de forma violenta, en aquellos ámbitos en los que carece de competencia y cualificación ético-profesional.

El nuevo hombre de ciencia, en su sentido más amplio, se transmuta, en multitud de ocasiones, en un *bárbaro especialista* cuando se cree legitimado por su acotada o reducida sabiduría para imponerse en aquellos órdenes vitales que no son de su competencia, es decir, cuando impone su vulgaridad intelectual como si de un derecho a la misma se tratase. El *bárbaro especialista* niega la existencia de especialistas en otras parcelas del conocimiento que no son la suya. El técnico-especialista es el residuo contemporáneo del racionalismo moderno, ilustrado y positivo-cientifista. Éste ha engendrado a hombres competentes técnicamente en su órbita de trabajo, que contribuyen al progreso de las ciencias o enciclopedia del pensamiento, pero no menos *masa rebelde* en su intento de avasallar con su opinión en

otros campos del saber en los que carecen de competencia epistemológica e incluso moral. El hombre masa quiere hacer del mundo un auténtico paraíso en que no existan problemas ni dificultades de ningún tipo, eliminado así todo atisbo de inseguridad, que es, según Ortega, lo que define la vida misma. El hombre masa, a través de la técnica, renuncia a la vida, a las inseguridades, incertidumbres y problemas que aquella presenta. Aquel tipo humano rechaza de lleno el contenido de la metafísica de la vida humana. Solamente las minorías de individuos mejores asumen esa innovadora metafísica del humano vivir, que dice que la vida es drama y que se compone de tragedias o dificultades y no sólo de facilidades. La vida es constante esfuerzo y sacrificio por llegar a ser cada día mejores. Aquí reside la esencia de la moral en plena forma o vitalmente lujosa a que alude Ortega de la mano de Nietzsche y el pensamiento griego, especialmente el aristotélico. La ética de Ortega nos dice, entre otras cosas, que la vida es constante y sacrificado *quehacer* en una circunstancia de suyo problemática y azarosa. Sin embargo, el hombre masa es, en este sentido, un ser éticamente débil o bajo mínimos. La ética de Ortega y, sobre todo, su metafísica de la vida humana como realidad radical definen el contenido de los conceptos de *masa* y *minoría selecta* en su etapa madura.

Resumiendo, la conclusión principal que se deriva del estudio del aristocratismo del pensamiento de Ortega en este tercer periodo, es que el binomio *masa-minoría selecta* atraviesa ese prisma metafísico que ensalza la razón vital e histórica. Las masas no obedecen a esta forma de razón; afirman la razón exasperada o *razón de la sinrazón* en todas las parcelas en que anidan; carecen de conciencia histórica; en suma, no viven a la *altura de los tiempos* o con conciencia de servicio u obligación hacia sus hombres mejores. Éstos son los únicos que pueden ayudar a las masas de cara a su posible mejora.

BIBLIOGRAFÍA.

FUENTES.

- Ortega y Gasset J. (1983), *Obras Completas*, 12 vols, Alianza Editorial, Madrid.
- _____, (1999) *La rebelión de las masas*, Madrid, Clásicos Castalia. Edición Thomas Mermall.

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA.

- Adler, A. (1935), *El sentido de la vida*, Miracle, Barcelona.
- Aranguren, J.L.L. (1966), *La ética de Ortega*, Taurus, Madrid.
- Béjar, H. (1988), *El ámbito íntimo, privacidad, individualismo y modernidad*, Alianza Editorial, Madrid.
- Canetti, E. (2000), *Masa y poder*, Círculo de Lectores, Barcelona.
- Conill, J. (2003), “Razón experiencial y ética metafísica en Ortega y Gasset”, en *Revista de Estudios Orteguianos*, Madrid.
- Ariel Del Val., F. (1984), *Historia e ilegitimidad: la quiebra del Estado liberal en Ortega. Fragmentos de una sociología del poder*, Madrid, Ediciones de la Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Gutiérrez Pozo, A. (2003), *La aurora de la razón vital. Fenomenología y vitalismo en el origen de la filosofía de Ortega y Gasset*, Miletto Ediciones, Madrid.
- Hernández Sánchez, D. (2003), *La rebelión de las masas*, Tecno, Madrid.
- Kant, I. (1989), *La metafísica de las costumbres*, traducción y notas de Adela Cortina Orts y Jesús Conill Sancho, Tecnos, Madrid.
- Kornhauser, W. (1959), *Aspectos políticos de la sociedad de masas*, Amorrortu, Buenos Aires.

- Lasaga Medina, J. (2004), “Minorías y masas en Ortega: ¿metafísica o política?”, en AA. VV: *Ensayos sobre filosofía contemporánea*, México.
- Le Bon, G. (1983), *Psicología de las masas*, Morata, Madrid.
- Llano Alonso, F. H. (2010), *El Estado en Ortega y Gasset*, Dykinson, Madrid.
- López de la Vieja, M T. (2000), “Democracia y masas en Ortega”, en *Revista de Estudios Orteguianos*, nº 1, Madrid.
- López Frías, F. (1985), *Ética y política. En torno al pensamiento de José Ortega y Gasset*, prólogo de Julián Marías, Biblioteca Universitaria de Filosofía, Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona.
- Mannheim, K., (1958), *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, Ediciones Leviatán, Buenos Aires.
- _____, (1944), *Diagnóstico de nuestro tiempo*, F.C.E., México.
- Marías, J. (1972), *La estructura social*. Revista de Occidente, Madrid.
- Moscovici, S. (1985), *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas*, F.C.E, México.
- Nietzsche, F. (1985), *Ecce homo*, traducción de Andrés Sánchez Pacual, Alianza, Madrid.
- _____, (1983), *El ocaso de los ídolos*, traducción de Roberto Echavarren, Tusquets, Barcelona.
- _____, (2004) *Fragmentos póstumos sobre política*, edición y traducción de José Emilio Esteban Enguita, Trotta, Madrid.
- Ovejero Bernal, A. (2001), “La rebelión de las masas 75 años después: El imperio del Hombre- Masa”, en *Revista de Historia de la psicología*, nºs 3-4, Oviedo.
- P. Cerezo Galán (2011), *José Ortega y Gasset y la razón práctica*. Biblioteca Nueva, Madrid.
- _____, (1984), *La voluntad de aventura*. Ariel, Barcelona.
- Platón (1986), *La República*, IX, trad. C. Eggers Lan, Gredos, Madrid.
- Raley, H. (1977), *Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea*, Revista de Occidente, Madrid.

- Sánchez Cámara, I. (1986), *La teoría de la minoría selecta en el pensamiento de Ortega y Gasset*, Tecnos, Madrid.
- _____, (2002), “Democracia morbosa. Variaciones sobre un tema de Ortega”, en García de Cortázar Ruiz de Aguirre, F. (coord.): *Los temas de nuestro tiempo. Papeles de la Fundación*, Madrid.
- Sobejano, G. (1967), *Nietzsche en España*. Gredos, Madrid.